

TUCUMAN - DOLORES - TIERRA DEL FUEGO



FUNDANDO PUEBLOS

PUBLICACION PERIODICA - AÑO 2 - Nº 2 - MARZO 2004

FARMACEUTICOS PIONEROS
QUE ACOMPAÑARON LA
FUNDACION DE PUEBLOS
Y CIUDADES ARGENTINAS

EN HOMENAJE A LA PROFESION FARMACEUTICA ARGENTINA



Con el auspicio de la
Confederación
Farmacéutica Argentina



Laboratorios
MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

**HISTORIA DE LA FUNDACION DE
PUEBLOS Y CIUDADES DE LA
REPUBLICA ARGENTINA Y DE LOS
FARMACEUTICOS PIONEROS QUE
ACOMPAÑARON SU FUNDACION**

EN HOMENAJE
A LA PROFESION
FARMACEUTICA
ARGENTINA



SUMARIO

TUCUMAN

- 06** - Precursores en el "Jardín de la República"
- 11** - Una farmacia célebre
- 14** - Tres generaciones entre preparados y morteros
- 16** - Mes Massini
- 18** - Un verdadero maestro
- 19** - La casa de la Independencia
- 20** - La Industria azucarera
- 22** - Caruso, un genio obsesionado por su salud
- 24** - José Ponssa, una figura descollante en la profesión
- 25** - Datos históricos

DOLORES

- 26** - Boticarios en la frontera con el indio
- 28** - La farmacia de la parroquia
- 29** - A sus pies rendido un león
- 35** - Datos históricos

TIERRA DEL FUEGO

- 36** - Las boticas del fin del mundo
- 38** - Músico, médico, sacerdote
- 39** - Años difíciles
- 41** - La primera profesional
- 44** - Del Norte al Sur
- 45** - Río Grande, tierra de sacrificios y aventuras
- 49** - La jaula del zorzal
- 51** - Datos históricos

QUIÉNES HACEN "FUNDANDO PUEBLOS"

Investigación histórica, redacción de artículos y edición

María Masquelet y Ricardo López Dusil.

María Masquelet está graduada en Letras (Universidad de Buenos Aires) y se dedica a la docencia universitaria y al periodismo. Actualmente, se desempeña como editora en el diario La Nación, donde trabaja desde hace 15 años.

Ricardo López Dusil ejerce el periodismo desde 1977. Ha trabajado durante 22 años en el diario La Nación, de los cuales los últimos 12 años se desempeñó como editor de Internacionales. Actualmente colabora en diversos medios nacionales y extranjeros, entre ellos la cadena televisiva norteamericana CNN.

Diseño Gráfico

Guillermo Tornay

Guillermo Tornay es egresado de Bellas Artes. Desde hace más de 30 años se ha especializado en diseño gráfico. En 1990 decide radicarse en España donde ha desarrollado una exitosa carrera profesional.

Fotografías actuales

Ricardo López Dusil / María Masquelet

Impresión

Gráfica Eco

Idea, desarrollo, producción general y patrocinio

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.

Publicación periódica de entrega gratuita distribuida por
LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.
Viney Cevallos 1625/27 C1135AAI
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina
Teléfonos y Fax (011) 4304-4524

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A. se reserva el derecho de publicar gratuitamente todo material que reciba en forma espontánea. El material recibido queda en poder de la empresa salvo acuerdo específico sobre la utilización del mismo. En caso de reproducción total o parcial debe mencionarse su origen y a LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

EDITORIAL

Unos meses atrás, y no lo son tantos, nos reunimos café de por medio con Alberto Pomeranetz y Pablo Barenboim, de Laboratorios Monserrat y Eclair, por sobre todo amigos y siempre dispuestos a brindarnos su colaboración; esta vez nos contaron de un proyecto referente a la historia de los pueblos tomando como eje al farmacéutico y a la Farmacia como eje central y prioritario en la fundación de los mismos.

Gratamente sorprendidos por la iniciativa, rápidamente apelamos a la historia y efectivamente en muchas oportunidades la "botica" y el "boticario" acompañaron el desarrollo de pueblos y ciudades de nuestro extenso país.

En muchos casos existían boticas instaladas sin médico permanente en el pueblo, ya que éstos iban, atendían a los enfermos y se trasladaban de pueblo en pueblo ejerciendo su profesión.

Desde esos tiempos, el cuidado, atención y los servicios que ofrece la Farmacia han cambiado: hoy el centro es el paciente y nosotros, los farmacéuticos, les brindamos mayores recursos para que a través de las Buenas Prácticas de Dispensación, Buenas Prácticas de Preparaciones de Medicamentos Magistrales y Oficiales, la Educación Farmacéutica Continua, el Programa de Certificación y Recertificación Nacional, aporten los elementos necesarios para que los pacientes obtengan el mayor beneficio de la visita a la Farmacia, el uso correcto de los medicamentos, informar sobre el riesgo de interrumpir los tratamientos, reforzar las indicaciones dadas por el médico en cuanto a los hábitos alimenticios, sanitarios e higiénicos, pilares básicos en el éxito de los tratamientos, así como los inconvenientes de la automedicación.

Trabajemos en este sentido, para recobrar el lugar de respeto que los pobladores tenían de la Farmacia. Hoy el desafío es posicionar a la Farmacia como un Centro Sanitario y al Farmacéutico como un agente sanitario, así como también la defensa del ejercicio profesional de los Farmacéuticos en otros ámbitos de la salud: Hospitales, industria, Docencia, etc.

Mientras seguimos haciendo historia, hoy escribimos esta editorial.

Farmacéutico José Julio Daniel Alvarado
Presidente Confederación Farmacéutica Argentina



Precursores en el "Jardín de la República"

Para Manuel "Mocho" Cárdenas había sido un privilegio verlo, la noche anterior, desde el paraíso del teatro Odeón. Pero tenerlo ahí, a escaso medio metro, era sencillamente inimaginable. Petrificado por el asombro, sin que le pudiera brotar una palabra siquiera, vio cómo ese hombre regordete, pero a todas luces grandioso, se abría paso en la Botica del Inca, con el sombrero en la mano y saludando en castellano, aunque con un acento inconfundible. Enrico Caruso, el tenor más importante del mundo, esa leyenda incomparable, estaba allí. Algunos curiosos comenzaban a agolparse frente a la vidriera de la botica de la calle 24 de Septiembre, mientras él, desde su privilegiado sitio, lo seguía con la vista con gesto de reverencia. Caruso pidió aspirinas, medicamento del que era virtualmente un adicto, y luego se aproximó a la balanza y se pesó. Mocho, por su cercanía, fue el único que alcanzó a ver la aguja de la balanza, clavada unas décimas por encima de los 82 kilos. Era un dato insignificante, tal vez, pero para el joven

TUCUMAN



La misma esquina del centro de Tucumán, ayer y hoy. El majestuoso edificio del Banco Español del Río de la Plata se mantiene sin modificaciones. La foto antigua se reproduce por gentileza del archivo del diario La Gaceta.



UN SECRETO ARRANCADO SUBREPTICIAMENTE A ENRICO CARUSO

tucumano fue mucho más que eso: una especie de souvenir, un autógrafo, un secreto que involuntariamente le acababa de arrancar a esa figura que ya empezaba a transitar el camino de la leyenda.

Corría el año 1915. El teatro Odeón (que en 1951 pasó a llamarse San Martín) había sido fundado por el empresario Antonio Rivas en 1912 y en poco tiempo se había convertido en todo un suceso para la capital tucumana, que ya había visto pasar por su escenario la compañía del por entonces muy joven Carlos Gardel.

Mocho Cárdenas apenas tenía

14 años cuando se empleó, en 1900, en la Botica del Inca. Por entonces, repartía su pasión por la química con su afición a la buena música y al fútbol, en el que llegó a ser un delantero temible.

Primero como cadete y luego como idóneo, Mocho dedicó su vida a la actividad farmacéutica y en 1919, cuando decidió casarse con "la gringa" Rosa Perichik, una joven pampeana a la que venía cortejando desde hacía unos años, se convirtió en uno de los pioneros de la farmacia en Simoca, un pueblo ubicado a 50 kilómetros de la capital.

El destino había jugado las cartas en favor de Cárdenas. Su empleador en la Botica del Inca, satisfecho y agradecido por su dedicación, había decidido darle como regalo de bodas una farmacia, totalmente instalada, en aquel pueblito, donde la familia se convertiría en una de las más notables del lugar. Pero esa es otra historia, tan rica y conmovedora que será abordada en extenso en otra entrega. Volvamos, entonces, a San Miguel de Tucumán.

Aunque la historia sitúa como primera botica de la capital tucumana la de Cosme Massini, un joven porteño que inició la actividad en 1864, y que marcó una época en la

Aunque la farmacia Massini, instalada en 1864, es señalada en una placa en su frente como la primera de la capital tucumana, hay antecedentes de boticas anteriores; si es la más antigua aún en funcionamiento.

atención de la salud en la región, hay numerosos antecedentes.

Según algunos historiadores, entre ellos Francisco Cignoli y Armando Pérez de Nucci, el primer farmacéutico registrado en la ciudad sería José María Todd, el creador de la famosa "poción Todd" para la tos. De origen escocés, había llegado desde Boston con el médico Roberto Martín Miln, y habrían puesto juntos una botica en la capital de Tucumán en los primeros años del siglo XIX. Es de suponer que el emprendimiento duró poco, porque hacia 1805 ambos personajes se encontraban en Salta, donde Todd también instaló una farmacia y formó

una familia junto con su esposa, Thomasa Toledo Pimentel, y sus hijos, uno de los cuales, José María, igual que su padre, sería tres veces gobernador de esa provincia. Por entonces, además de Miln, sólo otro médico atendía las necesidades sanitarias del pueblo, un tal Pedro Montoya.

El próximo paso lo dará Manuel Belgrano, cuando en 1812 hace trasladar la botica del Hospital de San Andrés, de Salta, al Hospital de Tucumán, ciudad a la que llega derrotado y en retirada hacia Córdoba, pero donde se rearmará con el apoyo del pueblo y vencerá a los realistas el 24 de septiembre de ese mismo año, en la epopeya conocida como la batalla de Tucumán.

Y en 1833, Hermenegildo Rodríguez, quien se había desempeñado como farmacéutico en el Ejército del Alto Perú, le solicitó autorización al gobernador Alejandro Heredia para abrir una botica. El principal argumento que esgrimía Rodríguez era que las autoridades debían evitar que los remedios fueran vendidos en pulperías y almacenes y, para esto, Tucumán debía contar con una Botica Pública. Aconsejado por médicos que compartían la inquietud de Rodríguez y ante la necesidad "de terminar con los desastres que la administración de drogas y remedios sin el debido conocimiento de dosis y efectos secundarios producían a la población", Heredia accedió al pedido. El historiador tucumano Carlos Páez de

la Torre (h) cuenta que Hermenegildo Rodríguez ejerció la farmacopea con bastantes sobresaltos, en parte por las continuas contiendas civiles. En 1841, el gobernador Oribe secuestró todos sus medicamentos y lo obligó a exiliarse, pero más tarde regresaría a la provincia y retomaría el manejo del establecimiento.

De Rodríguez se sabe que era un hombre de gran talento y con marcadas dotes literarias, de lo cual da muestras el hecho de que en 1849, por solicitud del gobernador Celedonio Gutiérrez, escribió una descripción de Tucumán que se hizo imprimir en Buenos Aires en forma de folleto para publicitar la provincia.

Otros boticarios de nota que actuaron en el siglo XIX y que cita Páez de la Torre en un viejo artículo de La Gaceta, o por la circunstancia de que por sus instalaciones pasó lo más granado de la sociedad tucumana, en interminables tertulias que se iniciaban a la hora de la siesta y no concluían sino hasta bien entrada la noche.

Una farmacia célebre

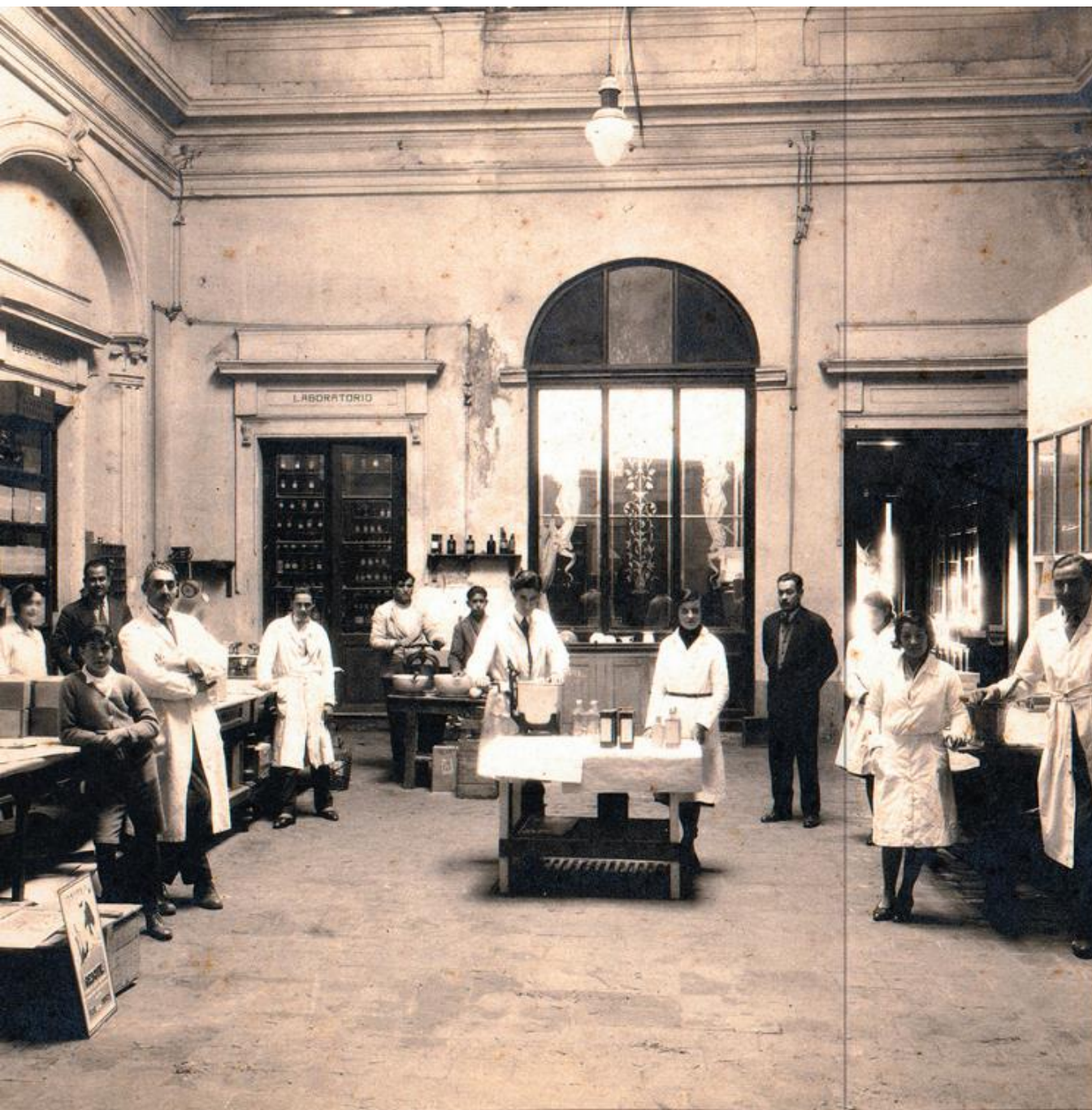
Cosme Massini, farmacéutico, descendiente de los Argerich, se desempeña hacia 1864 en Tucumán en el despacho de drogas y recetas, integrándose rápidamente al entorno social y profesional de la época. Su local funcionó bajo la denominación de Farmacia

Oficial, tomando luego la denominación de Botica Massini y posteriormente la de Farmacia Massini. Prestó valiosa colaboración en la organización y funcionamiento del Consejo de Higiene Pública, al que sirvió como vocal, junto a Víctor Bruland. Después ingresó en la Sanidad Militar, participando de varias batallas, y a su regreso siguió ejerciendo en la farmacia. Fue también concejal, diputado provincial y senador. Regresó definitivamente a Buenos Aires en 1890.

La de Massini es la farmacia más célebre de la provincia, un verdadero ícono de la profesión, tal vez por el hecho de que aún sigue en funcionamiento en la esquina que la vio nacer, en 1864, o por la circunstancia de que por sus instalaciones pasó lo más granado de la sociedad tucumana, en interminables tertulias que se iniciaban a la hora de la siesta y no concluían sino hasta bien entrada la noche.

Massini había nacido en Buenos Aires en 1842 y a los 22 años se trasladó a Tucumán, donde tiempo después se casaría con Haydée Posse Méndez. Rápidamente se ganó el reconocimiento de la sociedad local, necesitada como estaba de servicios profesionales de reconocida probidad. Por entonces, el paludismo causaba estragos en la población y la ciudad, donde ya habitaban 16.000 personas, apenas disponía de un hospital (el que luego se llamó Padilla) y seis médicos y





Sección expedición de la farmacia Massini, en 1930. El primer hombre de guardapolvo de la izquierda es Pascual Ferro, su propietario de entonces; a su lado, su hijo Antonio, quien luego sería farmacéutico y sucesor de su padre.

ninguna de las boticas anteriores seguía en funcionamiento. En tales circunstancias, la municipalidad interesó a los vecinos más prósperos para que instalaran una botica, pero ninguna persona adinerada quiso arriesgar capitales en lo que por entonces era una empresa por demás ardua y azarosa. Sólo el joven Massini aceptó el desafío y en septiembre de 1864 inaugura la ansiada botica en la esquina de las actuales calles Laprida (por entonces Calle de la Matriz) y 24 de Septiembre, frente a la plaza Mayor, hoy Independencia.

La 24 de Septiembre era la mejor calle de la ciudad. En ella se celebraban las suntuosas fiestas de la Virgen de las Mercedes, patrona de Tucumán. Los aguateros tenían la obligación de regar muy bien la calle y las familias adornaban las casas con cortinas en homenaje a la Virgen. La ceremonia incluía una formación de honor del batallón Belgrano, compuesto de doscientos jóvenes "decentes" vestidos con uniforme de paño.

En 1865, apenas un año después de haberla inaugurado, Massini dejó la botica en manos de sus empleados para participar en la guerra del Paraguay, donde protagonizó algunos hechos memorables que le valieron varias condecoraciones. El más comentado fue la decisión de Massini de desobedecer las órdenes del médico bajo el que servía y acompañar a los combatientes al frente de batalla. Posteriormente, la justicia militar avaló su comportamiento y lo premió por su valentía.

Como punto de encuentro, la Botica Massini quedó inmorta-

OTRAS HISTORIAS

El jarabe más famoso

John Stit Pemberton es el farmacéutico que desarrolló el producto de mayor consumo en el mundo: un jarabe que revolucionaría el mercado internacional, convirtiéndolo a su marca comercial en un verdadero ícono, tal vez el símbolo de mayor popularidad mundial. Pemberton es nada menos que el inventor del "vino francés de coca" (French Wine Coca), que luego se llamaría Coca-Cola.

Pemberton, que nació en Knoxville (Georgia, Estados Unidos), en 1831, asistió a la Escuela de Medicina Botánica del Estado de Georgia. Hacia 1863, inspirado por el sabor de una bebida desarrollada por el empresario corso Angelo Mariani, creador del "Vin Mariani", creó el "French Wine Coca", luego bautizado Coca-Cola por Frank Robinson. Antes del famoso refresco, Pemberton tuvo en el mercado diversos productos que le proporcionaron suculentos ingresos. Entre ellos el "Gran Vigorizante del Dr. Sander" o el "Eureka Oil", todos ellos compuestos medicinales y patentados. Como inventor y farmacéutico, Pemberton tenía acceso directo al mundo de las

lizada por Paul Groussac, quien en "Los que pasaban" evoca el tiempo perdido por los tucumanos de entonces en las prolongadas tertulias. Se hablaba de todo y de nada, de política, arte, literatura, chismes sociales y, obviamente, de mujeres, que solían pasear por la plaza Mayor ataviadas con las últimas "robes" parisienses, a veces solas y en ocasiones charlando animadamente con caballeros vestidos de levita gris, sombrero de copa y pantalón de fantasía. Renombradas por su belleza eran las jóvenes Dolores y Restituta Silva, Manuela Vázquez, Pepa Gondra, Rosario Aroza y Albeana Santillán, entre otras.

A las tertulias en la Botica Massini no había mal tiempo que las detuviera: si las condiciones climáticas lo permitían, se desarrollaban frente al local y si no, siempre había lugar en el interior del establecimiento. Por allí pasaron políticos de la talla de Sarmiento, Roca, Nicolás Avellaneda, Lucas Córdoba o Tiburcio Padilla e intelectuales como Santiago Vallejo, Miguel Lillo, Paul Groussac y Amadeo Jacques, director del Colegio de San Miguel y luego rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, e inmortalizado por Miguel Cané en su popular Juvenal. En las reuniones sociales, ya sea que se realizaran en casas particulares o en locales comerciales, se servía mistelas de varias clases, ajoja de algarroba o "quemaditos", un cóctel sobre la base de jugo de naranjas y aguardiente, y a las señoritas, rosquetes, tortitas de leche

y buñuelos. Las niñas en edad de merecer usaban moño y coloreaban su rostro con papeles pintados que se preparaban en la casa de Bernabela Baturi y los perfumes conocidos eran el pachuli, el agua de ámbar y el agua florida.

Cuando Massini inauguró la botica, la mayor parte de las calles no tenía iluminación, excepto algunas esquinas alumbradas con faroles a cebo. Recién en la intendencia del doctor Pedro Ruiz de Huidobro (1883-1885), el pueblo se vio favorecido por la instalación de algunos faroles de kerosén, el empedrado con cubos de madera en las calles que rodeaban la plaza y la habilitación del servicio de tranvías.

Con el regreso de Massini a Buenos Aires, en 1890, la botica pasó a manos de uno de sus más leales empleados, Luis Manera, quien a su vez fue reemplazado por Enrique Rovelli, Agustín Wilde (pariente de los escritores Eduardo y José Antonio Wilde), hasta que en 1926 la adquiere Pascual Alejandro Ferro, un personaje notable en la historia de la farmacia en Tucumán, quien le dedica toda su vida, hasta que en 1956, por razones de salud, debió venderla al doctor Juan Carlos Cuez. Después siguieron otros, entre ellos Juan Pedro Villagra y actualmente su propietario es "Pocho" Bravo.

Otra farmacia pionera de la ciudad es la San Martín, inaugurada en 1915 frente a la plaza San Martín, en Lavalle y Ayacucho. Su primer dueño fue un idóneo de

apellido Lorenzi, a quien le sucedieron tres farmacéuticos: Romero, Fernández y, desde 1971, la doctora Cárdenas. Y vale la pena, para los amantes de la historia, darse una vuelta por Junín 291. Allí funciona la farmacia El León, inaugurada en 1917 en la esquina de Córdoba y Salta y trasladada a su actual ubicación en 1932. Su actual propietario, Julio Rodríguez Campos, ha reunido una colección muy interesante de viejos artículos de botica, entre ellos botellas originales de la farmacia Massini de 1890, potes de la vieja farmacia Belgrano (instalada en la década del 30 a media cuadra de la Farmacia Massini, pero que duró muy poco), medicamentos de comienzos del siglo XX, morteros y una interesante colección de cabezas atormentadas de Geniol.

Ya más contemporáneos, los viejos pobladores de Tucumán recuerdan los nombres de Alfonso Voza y Julio Yapur (Farmacia del Inca, en 24 de Septiembre y Chacabuco), Antonio Questa y Manuel Cáceres (Farmacia Portaña, en 24 de Septiembre y Av. Mitre), Jorge M. S. Yapur (Farmacia Franco-Argentina, que había sido fundada en 1897, en Las Heras 875), Alberto Saad (Farmacia Saad, Maipú 317) y el doctor Luis Pizzorno (Farmacia de los Ferrocarriles del Estado).

Tres generaciones entre preparados y morteros

Casualidad, vocación, ¿qué fue lo que hizo que los Ferro mantuvieran por generaciones y generaciones la vieja tradición del boticario?

Una tradición que en Tucumán transitó, sin perder continuidad, a través de los siglos XIX, XX y XXI.

La historia comienza con Pascual Ferro, un italiano nacido en 1878 que había llegado a Buenos Aires a los 3 años. Ferro quedó atrapado por esa aureola mágica que emana de la química desde su adolescencia, y en 1896, con apenas 20 años, ya era un avezado idóneo farmacéutico, con mucho de aventurero, dispuesto a abrirse camino en Tucumán.

Con la aptitud y el coraje de los visionarios, Pascual decidió afincarse en Medinas, una villa del interior tucumano que prometía

crecimiento y progreso, aunque por entonces sólo contaba con unas pocas casas, e instaló la primera botica del lugar. Para entonces, Medinas ya disponía del servicio ferroviario y en toda la zona comenzaban a abrirse numerosos ingenios. Era previsible, habrá pensado Ferro, que el lugar se transformaría en una zona de gran prosperidad.

Y no se equivocó. Medinas se transformó rápidamente en un lugar de moda, donde se radicaban muchas familias enriquecidas por la actividad azucarera.

Luego de unos años de crecimiento, el proceso se retrajo y Pascual decidió dejar Medinas para probar

suerte en Concepción, hoy la segunda ciudad tucumana, donde abrió otra farmacia (la primera de la ciudad), en la esquina de San Martín y España, y ganó un merecido reconocimiento popular, que lo terminó convirtiendo en el intendente del lugar.

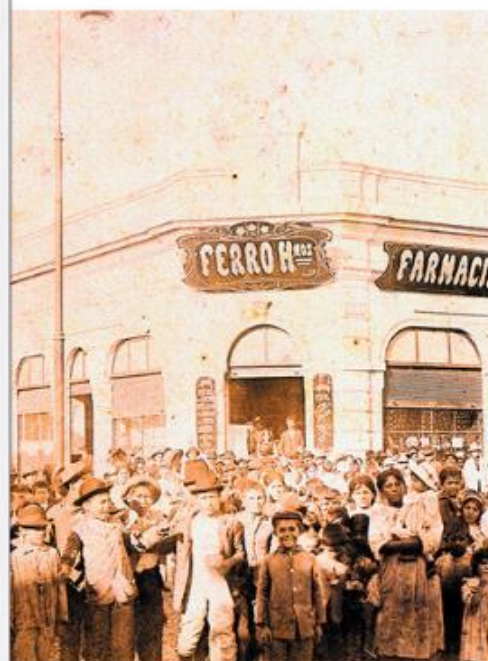
Pascual Ferro aceptó el desafío de la administración pública de una manera impensable en estas épocas: sin recibir otro salario que no fuera el honor de trabajar por su ciudad de adopción.

Tiempo después, Pascual instaló una nueva farmacia en Monteros, junto con sus hermanos Román Martín y Cayetano Ferro, que habían

drogas, no sólo a la cocaína y la morfina sino también a la marihuana.

En un principio, y dadas sus características medicinales, la Coca-Cola se vendía en bares que no servían bebidas alcohólicas, y que, en la mayoría de las veces, formaban parte de las boticas y farmacias de la época.

En el primer aviso publicitario de la bebida, aparecido en el diario *Atlanta Journal* el 27 de mayo de 1886, el jarabe se presentaba como una bebida "deliciosa, refrescante, estimulante y vigorizante".



Aviso publicitario de Morubiline, aceite de hígado de bacalao.

la farmacia Ferro Hermanos fue la primera de la ciudad tucumana de Concepción. La fotografía corresponde a una Navidad de la década de 1910 y muestra la algarroba infantil tras un reparto de juguetes del querido boticario. Al lado, un volante publicitario de "Las lágrimas de Santa Lucía", un colirio desarrollado en el laboratorio de la farmacia Massini.

seguido sus pasos y también eran idóneos. Y poco después abrieron otra en Río Seco. En pocos años, Pascual y sus hermanos se habían convertido en los pioneros de la actividad en cuatro ciudades tucumanas.

En 1926, ya casado con Josefa Bosio, decidió trasladarse a la capital provincial, donde adquirió la famosa Farmacia Massini, que siguió en manos de la familia durante 30 años.

Aquellos años fueron la "belle époque" de Tucumán. La industria azucarera generaba enormes riquezas y la provincia recibía a numerosas personalidades, que aceptaban someterse a larguissimos viajes en barco y por tierra para llegar a ese paradisíaco lugar. Los dueños de los ingenios eran familias que no se privaban de ninguna clase de lujos, entre ellos el de pasar largas temporadas en Europa.

"Tengo un vago recuerdo de mi abuelo -dice el doctor Alejandro Ferro, nieto de Don Pascual y, como no podía ser de otra manera, también farmacéutico-. Sé que era una persona muy bonachona.

En aquellos años la farmacia era un lugar de reunión social y la Massini tenía una trastienda donde se juntaban Miguel Lillo, Juan B. Terán (el fundador de la Universidad de Tucumán), el gobernador Padilla. Se debatían los temas del momento, desde los chismes sociales hasta los

asuntos políticos. La farmacia llegó a tener 42 empleados y lo que poca gente sabe es que los muebles, en su mayor parte, fueron hechos por los tres hermanos, que también eran ebanistas.

Por entonces, la Massini proveía los medicamentos a 11 ingenios. Y la de Concepción se había transformado casi en una industria, en la que trabajaban 36 personas."

"Es que los ingenios -continúa Alejandro Ferro- empleaban a muchísima gente, lo que tenía un efecto multiplicador en la economía. Había un ejército de operarios cortando la caña, trasladando la materia prima en carros tirados por bueyes. Había que proveer a los ingenios de herramientas y repuestos. Tenían talleres que parecían fábricas de autos. Era tanta la población que vivía alrededor del ingenio, que necesitaban médicos y por supuesto también farmacias. Para entonces cada ingenio tenía su hospital."

Alejandro es hijo de Antonio Ferro, farmacéutico graduado en la Universidad Nacional de Córdoba e hijo, a su vez, del idóneo Pascual Ferro.

Podría decirse que Antonio, que nació en Concepción en 1917, se crió en el clima de aquellas boticas de su padre y tíos. Hombre de múltiples intereses, acompañó a su padre en la atención y dirección de la Farmacia Massini y también fue un tenaz colaborador

de diversas actividades culturales, fundamentalmente las vinculadas con el cine.

Simultáneamente con la Farmacia Massini, Antonio Ferro decidió abrir un laboratorio, donde desarrolló dos productos que alcanzaron muchísimo éxito: el Lapachol y las Lágrimas de Santa Lucía, un colirio de gran demanda. En la actualidad, el laboratorio se encuentra en una etapa de transición, producto de la muerte, el año pasado, de su impulsor.

En cuanto a Alejandro, el último integrante (por ahora) de esta familia de farmacéuticos, dio la casualidad de que al recibirse, en 1980, asumiera la dirección técnica de la Farmacia Ferro de Monteros, fundada por su tío abuelo y que para entonces pertenecía a la familia Bofano. "Trabajé allí hasta 1984. Después lo hice con mi padre durante dos años, hasta que instalé la mía en la localidad de San Pablo, que la cerré en 1999, cuando cesaron las actividades del ingenio."

Mes Massini

La Farmacia Massini en manos de los Ferro también tuvo su propia revista.

Recomendaciones para cuidar la salud, textos literarios cortos, consejos para las madres, chistes, adivinanzas, dichos criollos y hasta alguna receta de cocina se combinaban en las páginas de esta publicación dirigida a los clientes.

DISTRIBUCION GRATUITA

DE UTILIDAD PARA EL HOGAR

MES MASSINI

PUBLICACION MENSUAL DE LA FARMACIA MASSINI

Director y Administrador
OSCAR H. LOMBARDI

Tiraje. 10.000 ejemplares
LAPRIDA 5 al 11 - TUCUMAN

Año 2

Tucumán, Enero de 1932

Núm. 13

A nuestros distinguidos clientes, amigos y compradores: al cuerpo médico de la provincia y a los comerciantes que han contribuido con toda voluntad, para el éxito de esta revista, dedicamos este número especial.

LA DIRECCION

UBICADA
en el Corazón de
la Ciudad de
Tucumán



FRONTE DE LA FARMACIA MASSINI
(Fundada en el año 1894)

Laprida 5 al 11
P. Independencia
TELEFONO 1283

La farmacia Massini en manos de los Ferro tuvo su propia revista, que incluía recomendaciones para cuidar la salud, textos literarios, chistes, adivinanzas y hasta algunas recetas de cocina.

No faltaban tampoco algunos secretos para conservar la belleza con sus correspondientes recetas, como éstas:

** Tratándose de oscurecer el cabello, nada mejor que esta mezcla aplicada con un cepillo en el cabello una vez lavado y seco:*

Jugo de cáscara de nuez verde 200 g
Alcohol de lavanda 100 g
Amoniaco líquido 15 g

** Si las pestañas caen sin que se sienta escozor o que se inflamen los párpados, cesará el desprendimiento usando por la noche esta pomada:*

Vaselina 5 g
Aceite de ricino 2 g
Acido gálico 0,5 g
Esencia de lavanda 4 gotas

** Contra las arruguitas de buen resultado esta loción aplicada en pequeñas compresas de algodón hidrófilo:*
Agua filtrada 200 g
Leche de almendras 50 g
Alumbre 4 g

Un verdadero maestro

Es un personaje insoslayable a la hora de escribir la historia de la farmacia tucumana, pese a que nunca tuvo una. Lo suyo fue el estudio, la cátedra, la investigación y la docencia. Desde 1943, año en que se recibió de farmacéutico, el doctor Pedro Oscar Di Camillo ha servido a la formación de varias generaciones de profesionales. Pero él no sólo transmitió conocimientos durante los 50 años que ejerció la docencia en la Universidad Nacional de Tucumán; también fue un puntal para inculcarles a esos jóvenes estudiantes la responsabilidad indispensable con la que debía asumirse la tarea farmacéutica.



El doctor Pedro Oscar Di Camillo, decano de las farmacias tucumanas y docente de varias generaciones de profesionales, a los que formó durante sus 50 años de actividad en la Universidad Nacional de Tucumán.

Di Camillo, ahora con 86 años, desgrana sus recuerdos en su casa del centro tucumano. Uno podría compartir horas con este hombre amable y apacible, dueño de un riquísimo anecdotario de la sociedad tucumana de casi todo el siglo XX.

Don Pedro nació en la capital provincial en 1917. Es hijo de Pietro Di Camillo, un italiano de Aquila, y de la tucumana María Elisa Lobo. El primero en llegar a la provincia fue su abuelo, Pancho, quien había dejado a su esposa y al pequeño Pietro en Aquila mientras se asentaba en la nueva patria. Como el tiempo pasaba y Don Pancho no daba señales de vida, su esposa, Clorinda Marini, decidió cruzar el Atlántico en su búsqueda, con el pequeño Pietro, de siete años, a cuestas. "La abuela era una mujer bravísima, de un temperamento muy fuerte". Parece ser que después de buscar sin éxito a su marido por Buenos Aires, se vino a Tucumán, pero lo encontró con otra mujer y una hija.

Doña Clorinda no lo dudó ni un instante y recuperó a su enamorado marido casi a la fuerza y crió a la niña como propia. Luego se instalaron en una casona de la avenida Pellegrini al 800, donde la pareja tuvo otros cuatro hijos. Bajo la firme batuta de la abuela Clorinda, Don Pancho Di Camillo y sus hijos varones se dedicaron a la actividad agrícola y el comercio. Con dos sulkis, vendían en la ciudad las frutas y verduras cosechadas en la quinta y también el pan que amasaba la mujer. Años más tarde, el mayor de los muchachos, Pietro, conoció a la joven María Elisa Lobo, con quien se casó, y de esa unión naciera Pedro, en 1917. "Yo no tengo recuerdos de mi padre -dice el doctor Di Camillo-, ya que murió muy joven, antes de que yo naciera."

Pese a la situación, con enormes esfuerzos la joven viuda logró educar a su hijo, quien se convertiría en un hombre templado en la tenacidad. Aunque Di Camillo se graduó de farmacéutico en 1943, nunca tuvo una farmacia propia. Prefirió desempeñarse en la docencia y al frente de la Farmacia Oficial de la provincia, por entonces ubicada en Crisóstomo Alvarez 343, donde trabajó durante 36 años, hasta 1979. La Farmacia Oficial proporcionaba gratuitamente los medicamentos a los pacientes de los hospitales y dispensarios provinciales. Estaba abierta durante 14 horas por día, de lunes a sábados, y atendía a 400 pacientes diariamente. Cuando el doctor Di Camillo asumió la dirección técnica del establecimiento, apenas

lo secundaba un solo farmacéutico, pero él logró ampliar el plantel hasta los 12, que cubría, en dos turnos, seis laboratorios, donde se hacían todas las especialidades imaginables. Di Camillo lo cuenta como al pasar, como si su trayectoria no tuviera otra grandeza que la del deber cumplido. Y sólo eso.

La casa de la Independencia

Con amarillo claro para las paredes y verde inglés para puertas y ventanas, el dibujo de la casa de Tucumán acompañó a generaciones y generaciones de escolares que, cada 9 de julio, se esforzaban por copiar de los manuales y de las revistas infantiles esa imagen tan representativa de la Declaración de la Independencia.

Sin embargo, finalmente la verdad se impuso y la realidad indica que con sus muros pintados de blanco y la carpintería en azul, el edificio que hoy puede visitarse en Tucumán es una réplica exacta del lugar en el que, en 1816, se reunieron los congresales, pero del que sólo sobrevive en estado original la sala de la Declaración de la Independencia.

Esta casa, propiedad de Francisca Bazán de Laguna, entró en la historia cuando fue elegida para que sesionara allí el congreso que se reuniría en Tucumán. La tradición afirma que doña Francisca la prestó, pero, en realidad, el Estado provincial dispuso usarla, ya que gran parte de ella estaba alquilada

Interior y fachada de la histórica Casa de Tucumán. Pese a que durante décadas se creyó que los muros eran amarillos y las puertas de color verde, hoy ha vuelto a su aspecto original: paredes blancas y la carpintería azul.



OTRAS HISTORIAS

Para curar el reumatismo

"Mi querido compañero, Señor Dn. Juan Facundo Quiroga - Haviendo mi primo el Señor Dn. Tomás Anchorena adquirido la noticia del remedio siguiente me ha parecido conveniente comunicarlo a V. por si de algo le sirve su conocimiento, pues en la clase de males que V. padece, generalmente, donde menos se piensa suele encontrarse el alivio de la Divina Providencia - Pero yo sería de opinión q. V. se resolviera a tentarlo, no debía ser hasta que regresase y gozase ya de un completo sosiego.

"Un griego qe. tiene Fonda en Sn. Isidro, muy hombre de bien me ha referido qe. siendo el joven cuando Napoleón fue al Egipto su padre fue salvado con este remedio.

"Tomó una porción de ajos, los peló y colocó sobre un pedazo de lienzo de camisa de ilo usada: en seguida pulverizó aquellos ajos con polvo de mercurio dulce en una dosis como de dos narigadas de raso, y doblando el lienzo lo coció en forma de bolsa o saco cerrado por todos los lados - Después tomó una olla de dos orejas en qe. estando dentro de la olla, se mantubiese el aire como en una maroma: Acto continuo le hecho agua fría en la olla, pero cosa que la bolsa no tocara en el agua; la tapó con un plato y engrudó por las orillas para que quedase herméticamente cerrada la olla puso un peso sobre el plato para qe. no se moviese, y colocó la olla así tapada y cerrada con fuego de carbon fuerte en donde lo tubo irviendo como hora y media, cuidando mucho de reponer y pagar el engrudo donde se desprendía para qe. no saliera ningún vapor de la olla.

"Después de esta operación separó la olla del fuego y cuando había alhajado al calor la destapó, sacó la bolsa, y cerrada y caliente cuanto podía sufrirse en las manos, las exprimió con las mismas manos sobre una fuente haciéndole ochar una especie de aceite que lo acomodó después en un frasco o botellín.

"El 25 de febrero de 1835, Juan Manuel de Rosas le escribe una carta al caudillo riojano con esta receta para paliar sus ataques reumáticos. Sin embargo el destinatario no lo llegó a usar: había sido asesinado en Barranca Yaco, nueve días antes, el 16 de febrero.

para la Caja General y Aduana de la provincia.

Después de ese hito histórico, la casona comenzó un largo camino de decadencia. En 1874, fue comprada por el Poder Ejecutivo Nacional, que reemplazó el frente original por una fachada neoclásica e instaló allí la oficina de Correos y Telégrafos.

Pero el deterioro del edificio fue avanzando. Y en 1902, el presidente Julio A. Roca encomendó la construcción de un lujoso pabellón, llamado "el templete", para conservar en su interior la sala de la jura de la Independencia, y el resto de la casa original fue demolido.

Recién en 1942, el arquitecto Mario J. Buschiazzo comenzó la reconstrucción del edificio colonial, con los planos de 1874 y antiguas fotografías y sobre los vestigios de los primitivos cimientos. Las obras se inauguraron el 24 de septiembre de 1943.

Con la restauración integral de los techos, en 1993, y la carpintería, en 1996, la casa histórica, además de conservar la sala de la Declaración de la Independencia, es actualmente una copia fiel de la casona original.

La industria azucarera

La explotación de la caña de azúcar signó el rumbo de la economía tucumana, al menos en el último siglo y medio. Llegadas las primeras cepas de la mano de los conquistadores, los jesuitas organizaron su cultivo hasta que fueron expulsados en

1767. Años más tarde, en 1821, el obispo José Colombres le dio un gran impulso a esta actividad, al repartir el excedente de la producción de su finca de El Bajo, ubicada en los terrenos que hoy ocupa el Parque 9 de Julio y al promover el desarrollo industrial.

El famoso ingenio Ledesma también tiene sus orígenes por esa época. En 1826, José Ramírez de Ovejero inició, en su finca de Ledesma, la industria que llegaría a ser la más importante de la provincia.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la expansión fue fulminante: había 13 ingenios en 1850; 24, en 1859, y 82, en 1877. Y, aunque se concentró en menos manos, la actividad siguió creciendo, en parte gracias a la llegada del ferrocarril en 1876, que no sólo permitió llevar lo producido a otras regiones sino que también hizo posible trasladar fácilmente hasta Tucumán maquinarias importadas indispensables para el desarrollo tecnológico.

Además, la industria tuvo un carácter fundacional. La cantidad de operarios y de servicios que requería el procesamiento del azúcar hizo nacer los llamados "pueblos azucareros", que crecieron alrededor de los ingenios.

Pero el aumento de la producción también trajo sus problemas. En el siglo XX, la actividad pasó por varias crisis que culminaron en 1966, con el cierre definitivo de 11 ingenios, que dejaron a miles de tucumanos sin trabajo.



CARUSO, UN GENIO OBSESIONADO POR SU SALUD

Moníático, supersticioso, ritualista de los mitos más extraños acerca de la conservación de la salud, el inmortal Enrico Caruso (1873-1921) fue un asiduo visitante de boticas, así como consultor devoto de médicos de dudosa capacidad profesional y curanderos de todo pelaje.



Obsesivo por su cuidado personal, era incapaz de emprender una gira sin cargar en sus maletas con un enorme bulto de magnesio Hendir, un medicamento de fama por aquellos años. Caruso no se iba a la cama sin meterse entre pecho y espalda su buen medio frasco del polvo, convencido de que le permitiría dormir plácidamente no menos de ocho horas seguidas. El tratamiento era seguido a rajatabla, especialmente antes de cada actuación.

Pero ése era apenas el principio, pues a la mañana siguiente, muy temprano, se daba un prolongado baño de inmersión a 43 grados y posteriormente se sometía a media hora de inhalaciones de vapor y no menos de una hora de masajes para relajarse. Los cuidados del célebre tenor no terminaban allí. El paso siguiente era la observación minuciosa de sus cuerdas vocales para determinar su estado. Aunque nadie por entonces había podido establecer ninguna correspondencia entre el color de las cuerdas vocales y la calidad del timbre, si él las encontraba demasiado rojas, se las pintaba con una solución especial, cuya fórmula no divulgaba.

Intimamente, el célebre tenor nunca dejó de librar una ardua lucha de superación y para ello no escatimó sacrificios, como el que le proponía el insólito doctor H. El tratamiento de este médico (identificado sólo por la inicial en la biografía escrita por la viuda del tenor) consistía en la aplicación de corriente eléctrica en el cuerpo, un verdadero tormento que el crédulo cantante soportaba con estoicismo. Para ello, Enrico se acostaba en una cama de metal, el doctor H. le colocaba luego una chapa de zinc sobre el pecho y encima de ella pequeñas bolsas de arena. Y luego le aplicaba electricidad, argumentando que la descarga produciría un "masaje" muy benéfico en la boca del estómago que le serviría para bajar de peso y aliviarse de sus continuos dolores de cabeza. Caruso sentía devoción por aquel médico y en los finales de su vida prácticamente no aceptó más consejo que el suyo.

Los biógrafos de este singular y admirado personaje sitúan su decadencia física irreversible en la gira que hizo por México, en 1919. En septiembre de ese año, Caruso debía presentarse en la antigua plaza de toros El Toreo. Su actuación, por la que cobró 15.000 dólares, la suma más alta jamás pagada hasta entonces a un cantante de ópera, era esperada con una expectación inusitada. Antes de actuar, Caruso tuvo un desmayo. De inmediato, fue trasladado al hotel, donde tomó varios analgésicos y un vaso de leche que le permitieron dormirse. Al día siguiente, pudo cumplir exitosamente su actuación, pero la debilitada salud del cantante marcaba un proceso irreversible. Un mes después, sus malestares continuaban.

Las horas previas a su actuación del 19 de octubre fueron un tormento. Caruso se sentía morir de debilidad. La gira continuó por Cuba. Caruso no conseguía conciliar el sueño y fumaba sin descanso y el calor lo agobiaba. Sintió alivio cuando pudo regresar a los Estados Unidos, aunque allí lo esperaba una temporada extenuante.

En 1920 actuó en Canadá, donde tomó un pertinaz resfrío, que le duró toda la gira. De regreso a Nueva York, volvió a las manos del inefable doctor H. y su peligroso tratamiento. Un día, al cantar "I Pagliacci", ocurrió lo inesperado. En el difícil, casi imposible, agudo del aria "Vesti la giubba", se le quebró la voz. El telón debió bajar apresuradamente para interrumpir la presentación. Caruso sufría de intensos dolores en el costado del cuerpo, que el doctor H. atendió colocándole varias tiras de tela adhesiva en el pecho y diciendo que nada serio le ocurría. Poco tiempo después, mientras cantaba "Elíxir de amor", en Brooklyn, la pechera comenzó a teñirse de sangre. El público lanzó una exclamación y se puso de pie, pero Caruso se limitó a desaparecer un instante entre bastidores, pidió una toalla, se limpió la sangre y continuó cantando. En vísperas de Navidad, Caruso debía actuar en el imponente Metropolitan Opera House, escenario de sus grandes éxitos. Fue la fecha decisiva. Mientras se bañaba, lanzó un grito. Su esposa y los asistentes lo encontraron casi sin sentido, con un dolor intenso en el costado. La urgencia de la situación hizo que no estuviera presente el doctor H. y lo atendiera el médico del hotel, quien le diagnosticó una neumonía. Con el tratamiento que le recomendó, Caruso experimentó una transitoria mejoría y en los días siguientes hizo planes para su reaparición.

Una mañana de febrero de 1921 despertó con fiebre altísima. Su enfermedad se complicaba y debió ser sometido a dos cirugías. En un arranque de humor, el tenor aludió a las transfusiones que le habían hecho diciendo que ya no le quedaba sangre italiana.

En mayo de ese año, el matrimonio decidió pasar una larga temporada de descanso en Italia. Se instalaron en una villa de Sorrento, frente a su querida Nápoles. Un absceso en un riñón, diagnosticado por dos especialistas de Roma, obligó a su traslado a la capital italiana. Caruso ya no pudo vencer este último embate y dejó de existir. Padecía un cáncer renal y un cuadro de peritonitis. Uno de sus biógrafos, el doctor Neah Frabiccant, señala que el carácter veleidoso y las innumerables supersticiones de Caruso en torno de la salud precipitaron su fin. Tenía 48 años y con él desaparecía un cantante único, que marcaría toda una época en la operística mundial.

Enrico Caruso cantó en varias ocasiones en la Argentina. En 1899 lo hizo en el Teatro de la Opera de Buenos Aires, ubicado en Corrientes y Esmeralda, centro por entonces del arte lírico local. Allí estrenó la obra Yupanki, del compositor argentino Arturo Beruti. Ese mismo año, en el mismo teatro, cantó Fedora, de Giordano, junto a la famosa Gemma Bellincioni. En el teatro Colón se presentó sólo en dos temporadas, en 1915 y 1916. También actuó en el teatro Opera, de Rosario, y en el Odeón, de Tucumán.

JOSÉ PONSSA, UNA FIGURA DESCOLLANTE EN LA PROFESIÓN

Por todo cuanto ha
hecho en tiempos
verdaderamente
críticos, la historia
de la farmacia
en Tucumán le
tiene reservado
un lugar destacado
a José Ponssa, una
figura descolante
en la profesión.

Ponssa nació en Tucumán en 1867. A los 16 años se recibía de maestro y apenas con 17 era director en una escuela provincial. Entre 1887 y 1888 cursó la carrera de Farmacia en la Universidad Nacional de Córdoba, carrera que se costó ejerciendo al mismo tiempo la docencia. A su regreso a la provincia natal instaló la Farmacia Argentina. En Tucumán fue consejero de la Facultad de Farmacia durante tres años e integró por 20 años los tribunales examinadores de los aspirantes al título de Idóneo en Farmacia, cargos que Ponssa desempeñó ad honorem. También fue auxiliar técnico de los laboratorios de la Facultad de Bioquímica desde 1938 hasta su muerte, en 1941.

De adolescente, Ponssa pensaba dedicarse de lleno de la docencia, pero un hecho trágico en la provincia lo inclinó hacia los temas sanitarios.

A mediados de noviembre de 1886 se habían producido algunos casos fatales de cólera morbo en Buenos Aires y dos días después se registraban los mismos hechos en Rosario y en Córdoba.

Las noticias, que el telégrafo transmitía regularmente, sembraron la alarma en la provincia y por iniciativa del periodista Salvador Alonso, director del diario La Razón, y de un pequeño grupo de voluntarios, entre los que se encontraban Marcelino de la Rosa, Santiago Gordillo, Tobías Córdoba y José Ponssa, que apenas tenía 19 años, se organizó la sociedad de la Cruz Roja para hacer frente a la tragedia que se avecinaba.

El 25 de noviembre, las noticias daban cuenta de presuntos enfermos entre los integrantes del V Cuerpo de Caballería, que se trasladaban de Buenos Aires a Tucumán. Ese fue el bautismo de sangre de la Cruz Roja. En la madrugada del 28 de noviembre, sus integrantes esperaban a los enfermos en la estación Lamadrid para aislarlos en la "Quinta de Palacio", donde se improvisó un lazareto. Entre los pasajeros del tren viajaba el doctor Eliseo Cantón, que de inmediato se unió al grupo y fue proclamado presidente de la entidad, habida cuenta de que era el único que tenía conocimientos sanitarios.

A los demás los impulsaba el coraje, las ganas de servir y una solidaridad a toda prueba.

Los casos se multiplicaban y con ellos la demandada labor de la Cruz Roja, a la que permanentemente se sumaban nuevos voluntarios, como los doctores León Soldati y Tiburcio Padilla y numerosos vecinos.

Ponssa, testigo y protagonista de los hechos, ha dejado un invaluable testimonio escrito de esos días. Un relato caracterizado por la tragedia y el heroísmo. Mientras la asistencia médica era desempeñada generosamente por los médicos, enfermeros, farmacéuticos y estudiantes de carreras afines, otro grupo de la Cruz Roja acometió la tarea logística: había que fundar hospitales, transportar a los enfermos, afrontar el entierro de los fallecidos.

Con los carros recolectores de basura prestados por la municipalidad recorrieron las calles del vecindario pidiendo camas para hospitalizar a los enfermos. En dos horas habían reunido 40, lo que permitió improvisar un hospital en la escuela Monteagudo, donde moriría el primer integrante de ese grupo de heroicos voluntarios: Eugenio Gómez del Junco.

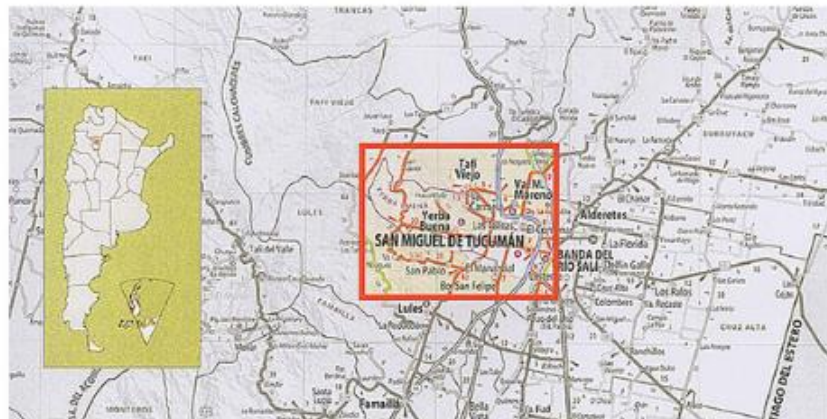
El avance de la epidemia fue aterrador: antes de una semana faltaban camas y muchos enfermos eran depositados a la sombra de alguna tapia o bajo la sombra de algún árbol.

En las primeras dos semanas de diciembre de 1886 se inauguraron otros dos hospitales: el Rivadavia, en la escuela del mismo nombre (luego escuela Helguera), y el San Roque, instalado inicialmente en una barraca de la calle Chacabuco cedida por un vecino de apellido Gallo.

A fines de diciembre -cuenta Ponssa- el número de defunciones era espantoso. Se calcula que el 95% de los atacados falleció. La población urbana era de unos 40.000 habitantes y el 29 de diciembre ya se contabilizaban 250 entierros.

Las jornadas más cruentas fueron las de los últimos tres días de 1886 y los primeros tres de 1887. En los cuatro hospitales se asistían mil enfermos, mientras que otro tanto se atendía en sus domicilios.

La epidemia se dio por terminada a mediados de marzo y había diezmado a unos 6000 habitantes, la sexta parte de la población tucumana.



Datos históricos

- Según algunas interpretaciones, el nombre Tucumán deriva de la palabra "yucuman", que significa "lugar donde nacen los ríos". Otras versiones indican que proviene del vocablo quechua "tucma", que quiere decir "donde terminan las cosas".
- En 1564 fue creada la provincia de "Tucumán, Juríes y Diaguitas". Santiago del Estero fue la primera población estable y Francisco de Aguirre el primer gobernador.
- El 31 de mayo de 1565, Diego de Villarroel fundó San Miguel de Tucumán, en un sitio que los nativos llamaban Ibatín.
- El 27 de septiembre de 1685, el gobernador Fernando de Mendoza y Mate de Luna ordenó que la ciudad fuera refundada en su actual emplazamiento. La gobernación de Tucumán abarcaba unos 700.000 km², e incluía ciudades como Jujuy, Salta, Catamarca, La Rioja, Santiago del Estero y Córdoba.

- En 1776, Tucumán pasó a formar parte del recientemente creado Virreinato del Río de la Plata, y siete años más tarde se integró a la provincia-intendencia de Salta.
- El 26 de junio de 1810, el Cabildo tucumano se inclinó por el bando patriota y eligió al presbítero Manuel Felipe de Molina diputado ante la Primera Junta.
- El 29 de agosto de 1810, nació en Tucumán Juan Bautista Alberdi, el inspirador de la Constitución Nacional y uno de los más grandes pensadores argentinos.

Escribió, entre otras obras, Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, Memoria descriptiva de Tucumán, Fragmento preliminar al estudio del derecho y El gigante Amapolas.

- El 24 de septiembre de 1812, Manuel Belgrano lideró las tropas patriotas en la batalla de Tucumán, en la que derrotó al general realista Pío Tristán.

- El 9 de julio de 1816, se declaró la Independencia Nacional durante el Congreso de Tucumán.

- El 12 de noviembre de 1819, el general Bernabé Aráoz se erigió gobernador, y un año después proclamó la República de Tucumán, que incluía a Santiago del Estero y Catamarca.

- En 1821, Tucumán quedó reducida a sus límites actuales.
- El 23 de noviembre de 1856, se promulgó la Constitución Provincial.

- El 28 de septiembre de 1876, llegó el primer tren a la ciudad de Tucumán.

- El 4 de agosto de 1912, se publicó el primer número del diario La Gaceta, fundado por el periodista uruguayo Alberto García Hamilton.

- En 1914, según el proyecto de Juan B. Terán, se inauguró la Universidad Nacional de Tucumán, con las carreras de Farmacia, Agrimensura e Ingeniería Química y Agrícola.

Boticarios en la frontera con el indio

La primera sensación que sobrevuela es de orgullo. Quizá porque se trata del primer pueblo nacido después de declarada la Independencia, en 1816. O porque fue uno de los pocos que se atrevió a cuestionar, allá por 1839, la autoridad del entonces gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, en la hazaña que los manuales de historia recuerdan como el "Grito de los Libres del Sur". Y también porque se trataba, promediando el siglo XIX, de la ciudad más desarrollada del sur de la provincia de Buenos Aires. Sí, son tipos orgullo-



Plaza Pedro Castelli, la principal de la ciudad bonaerense de Dolores, que ostenta el título de "primer pueblo patrio" por ser la primera ciudad nacida después de la declaración de la Independencia; su fundación data del 21 de agosto de 1817

DOLORES



OTRAS HISTORIAS

El error del general Lamadrid

Cuenta el general Gregorio Aráoz de Lamadrid (1795-1857) en sus *Memorias que estaba contestando la correspondencia que había recibido, cuando su criado le anunció que estaba lista la comida. Para no interrumpir la tarea, el general le pidió que se la sirviera en el escritorio: "Púsome el criado por delante en primer lugar el plato de huevos, y mando traer el queso para probarlo, comí con apetencia, y pedí al negro que me alcanzara la media botella de vino que había sobre la otra mesa".*

Pero -aclara Lamadrid-, "el conductor de la valija (donde venía la correspondencia) había traído me unas cuantas botellas de una medicina, que yo le había pedido al general Paz". Durante la comida, disfrutó de "dos terceras partes del rico vino" que le resultó muy agradable "por ser dulce". Al rato, comenzó a sentirse mal y se dio cuenta la causa de su malestar: el vino no era otra cosa que la medicina que le habían enviado y la dosis excesiva casi lo lleva a la muerte.

Los dolores. Y corajudos.

Nuestra Señora de los Dolores fue fundada el 21 de agosto de 1817 por el comandante Pedro Antonio Paz primera autoridad reconocida del lugar, el cura párroco Francisco de Paula Robles a quien se le debe el nombre de la ciudad, por su devoción a la Virgen de Dolores y Don Ramón Lara, vecino que ofició como testigo del solemne acto. Esa solemnidad que le valió el título de "Primer Pueblo Patrio" sigue intacta; se palpa en el andar apacible pero seguro de cada dolorense, o en el saludo, casi una reverencia, que ensayan al pasar frente a ellos. Dolores es una ciudad con alma de pueblo.

Su fundación obedeció al anhelo de llevar un poco de "civilización" al sur del río Salado, donde los indios y los gauchos se disputaban a cuchillo la permanencia en esos extensos pastizales. Por esos tiempos, pocos blancos asomaban las narices por ahí; eran territorios desconocidos o, peor aún, de salvajes, y ni los más audaces criollos se atrevían a desafiar a los "del otro lado de la frontera".

Pocos estancieros daban pelea en esa zona marginal, casi borrada del mapa de la recientemente nacida Argentina. Entre ellos se encontraba el valiente Lara, "un incansable capitán de blandengues -según cuentan los documentos de la época- que desde 1814 hasta 1821 se ocupó en barrer tolderías y mantener en jaque a los malones re-

corriendo palmo a palmo todo el sur hasta Tandil.

La farmacia de la parroquia

Pero volvamos al 21 de agosto de 1817. Ese día, con apenas una humilde parroquia como única construcción, quedó constituida la ciudad de Dolores. Ese histórico edificio, de arquitectura modesta y formas simples pero resistentes, erigido en la hoy céntrica esquina de la calle Bartolomé Mitre N° 2 (y Buenos Aires), frente a la pintoresca plaza principal, alberga actualmente la Farmacia Speroni.

La botica, la segunda más antigua, fue adquirida por la familia Speroni el 27 de abril de 1933 a Pedro López Villahoz, un prestigioso farmacéutico de origen español que, según consta en la escritura redactada de puño y letra por el notario Emilio Varela, había adquirido el solar en 1872.

Milagrosamente la fachada original se conserva intacta. Ni el malón comandado por el renegado Molina, que incendió y destruyó la ciudad en abril de 1821 y que obligó a una segunda fundación, logró transformarla en escombros, ni las constantes inundaciones pudieron sepultarla bajo un manto de agua. A modo de explicación, algunos vecinos arriesgan una teoría mística y aseguran que no pueden derrumbarse, así de fácil, los cimientos de la fe.

María Leticia Speroni, hija de José María, el farmacéutico que atendió y dirigió el establecimiento hasta 1967,

prefiere pasar por pagana y descartar las explicaciones de la fe. Sostiene que el histórico edificio sobrevivió gracias a la excelente construcción, muy adelantada para la época. Todavía recuerda los pasadizos secretos y el sótano con olor a humedad, que le servía de escondite cuando quería gastarle alguna broma a su hermana mayor. "La farmacia era parte de la vida", dice, mientras recuerda que en él vivió "los momentos más felices de la infancia".

Por eso, quizá, todavía le cuesta aceptar que ese lugar ya no le pertenece. Ni bien murió su esposa y el ayudante que lo acompañó durante más de treinta años, Don José, como lo llamaban los vecinos, se hundió en la más profunda depresión y vendió el fondo de comercio a otra familia del lugar, aunque sin tradición en las artes de los medicamentos.

María Leticia apenas pudo rescatar del polvo del olvido algunos frascos de vidrio, la balanza de precisión para calcular los miligramos exactos de cada droga y un hermoso reloj de pared que pertenecía a su abuelo, y que conserva como tesoros del pasado en su negocio de antigüedades.

Su padre cuenta María Leticia -era descendiente de italianos del Norte. Se recibió de químico farmacéutico en la Universidad Nacional de La Plata a los 20 años ("en ese entonces, dada la necesidad de profesionales, las carreras eran muy cortas", explica). Después de estar empleado

diez años en una droguería en el vecino poblado de General Lavalle, volvió con su esposa e hijos a Dolores, donde adquirió la farmacia que aún hoy conserva su nombre, a pesar de que cambió de manos. Don José también compró la casa de al lado. Farmacia y hogar eran uno solo.

Poco conoce de la botica que funcionaba antes de que Don José se hiciera cargo de ella. Apenas María Leticia recuerda el primer día que pisó el flamante establecimiento. "Tenía cuatro años y me acuerdo que los frascos, con sus etiquetas de colores, me parecían juguetes". Más adelante en el tiempo, vendrán las tardes en el laboratorio, donde ayudaba a su papá a hacer los preparados. "Nos pasábamos horas ahí adentro. Aprendí a usar el mortero y a hacer pastillas para la tos y una especie de brebaje para parar la descomposición, que tenía un gusto horrible". También recuerda que podían acceder a drogas como la cocaína o la morfina, que estaban en una especie de botiquín transparente sin llave. "Pero a nadie se le ocurría probarlas -aclara-. En esos tiempos a las personas no se les daba por hacer cosas raras", afirma con voz grave.

Los Speroni eran una familia que había contribuido en grande al crecimiento y desarrollo de la ciudad en el siglo XX. El abuelo, que llegó a mediados de 1888 desde Italia, inauguró el primer cine de Dolores, al que bautizó "Argentina", en la década del 30. El lo-

cal, de generosas dimensiones está frente a la plaza, por la calle Belgrano. Ahora funciona un supermercado coreano.

María Leticia ríe con ganas por primera vez. "El nono también tenía un local de juegos donde se apostaba. Los curas le permitían conservarlo con la condición de que pudieran ingresar en el cine una vez empezada la proyección, con la sala a oscuras, porque los religiosos tenían prohibido ir al cine. Entonces, mi abuelo les reservó unos asientos al lado del proyector, arriba, para que nadie los viera", cuenta divertida.

Luego, como si se tratara de una película, vuelve a repasar una y otra vez las imágenes de su infancia en la botica familiar. "Me trepaba por los estantes, que llegaban hasta el techo, y atendía a los clientes. Mi idea siempre fue heredar la farmacia algún día, se-

guir el camino de mi padre. Pero no pudo ser. Mi papá la vendió antes de que pudiera hacer nada. Me enteré de la operación cuando ya estaba hecha", se lamenta María Leticia.

Hoy ya nada queda del mobiliario original. Ni los mostradores de roble, ni los infinitos estantes, ni el botiquín transparente donde se almacenaba la morfina. El único rastro del pasado está afuera, y se resume en el humilde, casi imperceptible cartel que reza: "Aquí estuvo emplazada la primera capilla de Nra. Sra. de los Dolores. 1817-1821".

A sus pies rendido un león

Los que tuvieron la suerte de conocerlo aseguran que el hombre era un verdadero caballero. Distinguido como pocos, gentil y atento con las damas, buencompañero con los señores. Don Antonio Troise



La placa superior evoca la donación de terrenos hecha por el estanciero Julián Martínez de Carmona para la fundación del pueblo; abajo, una leyenda en el frente de la que hoy es la farmacia Speroni recuerda que allí estuvo la primera construcción del pueblo: la parroquia Nuestra Señora de los Dolores.

Aviso publicitario del jabón de tocador Morny London aparecido en la revista "Caras y Caretas" a fines del siglo XIX



fué uno de los personajes más exquisitos de Dolores de fines de siglo XIX y principios del XX. Sus genes franceses lo dotaron de un aire refinado, mientras que su origen uruguayo se encargó de obsesuarle un modo de ser apacible y franco que lo convertía en una persona fácilmente querible.

Farmacéutico e Ingeniero agrónomo, Troise se hizo cargo de la Botica del León, uno de los negocios más prósperos de la ciudad, el 1º de septiembre de 1906. Así lo ratifican los artículos aparecidos por esos tiempos en La Patria, el primer periódico de la ciudad.

"La Farmacia y Droguería Del León es, sin duda alguna, no

solamente una de las principales de Dolores, sino asimismo también (sic) de toda la provincia. Posee además de su larga existencia y de sus instalaciones de primer orden, los prestigios de su propietario actual, el distinguido profesor don Antonio Troise, que une a su autoridad de químico farmacéutico el título de ingeniero agrónomo y una vastísima preparación general. Es el señor Troise uno de los intelectuales mejor conceptuados de nuestra ciudad".

La Botica del León, hoy conocida también por el nombre de Farmacia Espil, fue fundada por Tomás Matienzo el 18 de septiembre de 1873.

El edificio, ubicado en la es-



A la derecha,
el edificio
de la Botica del León,
fundada por
Tomás Matienzo
el 18 de septiembre
de 1873 en
la esquina de Belgrano
y Rivadavia.
Actualmente,
es propiedad de
Juan Carlos Espil,
hijo del farmacéutico
que adquirió
el establecimiento
en 1959, Néstor Espil.



quina de Belgrano y Rivadavia, había sido construido tres años antes por encargo del señor Lamberti, un comerciante italiano que llegó a estos pagos con la idea de incrementar su pequeña fortuna e instaló una talabartería. Pero su apuesta duró poco. Las malas lenguas, que nunca faltan, aseguran que tuvo que emigrar después de un problema de polleras. En el apuro, Matienzo, un farmacéutico recibido en la Universidad de Buenos Aires, logró el traspaso del local y mudó allí su botica, que dirigió hasta 1906. Antes había tenido un pequeño puesto a mitad de cuadra, que muchos consideran el primer botiquín de Dolores.

Con Troise como nuevo dueño, la farmacia cobró aires de renovación, aunque sin renunciar a su identidad. Desde su fundación la botica había marcado el pulso del progreso de Dolores, que se aceleró a partir de la llegada del ferrocarril, en 1874.

"Venía la máquina adornada con palmas y trofeos de banderas. No era poco el triunfo obtenido, reemplazar las pesadas y lentas carretas, las incómodas y peligrosas mensajerías, con la máquina de vapor, que con tanta facilidad devora las distancias", relataban Federico Quevedo y Hércules Novarra en el libro "Album de Dolores, la ciudad y sus campos durante un siglo: 1818-1919".

Además de la llegada del ferrocarril, en la década del '70 se levantó la cárcel de Dolores (1873), complementaria de los tribunales de Justicia construidos en 1853, los primeros de la provincia y otro motivo de orgullo y el Colegio Nacional, en 1877.

Etiqueta de la farmacia Espil y frente de la Escuela Normal N° 1 "Pedro Castelli", donde fue docente Antonio Troise, propietario de la Botica del León en 1906.



Estos significativos avances se acompañaron con un marcado crecimiento demográfico: según el primer censo, celebrado en 1869, la población de Dolores era de poco más de 3200 personas, de las cuales el 30% eran extranjeros (italiano-nos, españoles, ingleses e irlandeses, en su mayoría).

En este contexto nació la Botica del León.

Apenas comenzado el siglo XX, la botica se había convertido en un lugar de encuentro por donde destilaban los curiosos que iban a empaparse de las invenciones tecnológicas más recientes.

A propósito de esta singular práctica, Juan Carlos Espil, actual dueño e hijo del farmacéutico que adquirió el establecimiento en 1959, cuenta una anécdota que, aún hoy, conserva vigencia entre los doloreses. "Esta farmacia fue el primer negocio en incorporar la caja registradora. Nadie había visto una hasta entonces -relata a modo de introducción-. Una tarde, mientras Troise estaba ocupado en el laboratorio, le pidió a su ayudante que se encargara del cobro a un cliente. El joven, que no tenía idea de cómo funcionaba el aparato, le preguntó cómo obtenía el importe total. A lo que Troise respondió: 'La máquina te lo dirá'. El pobre se quedó esperando varios minutos a que la máquina le contestara. Pero no hubo caso". Hoy, cuando alguien pide la cuenta en algún comercio de Dolores, con frecuencia se le responde: "La máquina te lo dirá".

Del archivo de la memoria Espil rescata otras historias.

Algunas fueron transmitidas por su padre; otras, las aprendió de los libros y los cuadernos escritos por el propio Troise, en los que volcaba su espíritu docente. "Don Antonio tenía devoción por la investigación y la enseñanza", explica Espil. Fue profesor de las cátedras de Química en la Escuela Normal N° 1, Pedro Castelli, y en el Colegio Nacional de Enseñanza Media. También pasaba noches enteras en su laboratorio, donde ensayaba nuevas fórmulas y brebajes. Tenía debilidad por las hierbas medicinales, que conocía muy bien por su actividad de ingeniero agrónomo.

"En los cuadernos que mi padre rescató hay muchas anotaciones de remedios, con sus dosis exactas. Una muy curiosa era contra el estreñimiento. Se le debe haber ido la mano con algún ingrediente porque está toda tachada y tiene varios signos de interrogación. Pero muchas de sus invenciones fueron efectivas. De hecho, varias fueron aplicadas por mi padre", reconoce Espil.

Hoy no resulta difícil imaginar a Troise en la larga mesada de su laboratorio, trabajando hasta entrada la madrugada. La Botica del León conserva no sólo su fachada original, de estilo francés, sino también sus muebles de época. Los mostradores de roble, en complicidad con los estantes que llegan hasta el techo, son testimonio del paso del tiempo. También los frascos de vidrio y porcelana alemana que servían para guardar las drogas o



En la farmacia Espil se conservan aún interesantes testimonios del pasado de la Botica del León, como el libro recetario, una publicación de 1942 sobre plantas medicinales, mobiliario y trastero de la época

En la plaza principal de Dolores hay una réplica de la Pirámide de Mayo, erigida en homenaje al episodio conocido como "El grito de Dolores", también un busto de Pedro Castelli, hijo del procer Juan José Castelli, que libró la revolución contra Rosas.



de envase para los clientes. Todo ahí remite a la historia de la Botica del León, que acaba de celebrar su 130° aniversario.

Datos históricos

- Nuestra Señora de los Dolores fue fundada el 21 de agosto de 1817 por el capitán Pedro Antonio Paz, el cura párroco Francisco de Paula Robles y Ramón Lara, un vecino del lugar. Fue la primera ciudad que nació después de declarada la Independencia; por lo tanto, ostenta el título de Primer Pueblo Patrio.

- Su nombre se debe a la devoción que el cura párroco tenía por la Virgen de Dolores. En el mundo, hay al menos dos ciudades más que llevan este nombre por la misma razón: una está en Uruguay y la otra en España.

- En abril de 1821 un millón de 1500 indios comandados por José Luis Molina arrasó e incendió la ciudad en respuesta a la decisión del gobernador Martín Rodríguez de expropiar y apresarse a Francisco Ramos Mejía, un hacendado que explotaba vastos territorios al sur del río Salado y que tenía una excelente relación con los indígenas (algunos, incluso, trabajaban en sus campos a las órdenes del capataz Molina).

- Hacia 1825, comenzó la reconstrucción de la ciudad, impulsada por Lara, y al año siguiente se crea el partido de Dolores. Pero sólo en 1831, con la construcción de la Iglesia de Nuestra Señora de los Do-



lores, la ciudad comienza a poblarse. Hacia 1834 ya vivían 500 familias.

- El 29 de octubre de 1839, se produjo un levantamiento de los hacendados contra la política económica del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, que fue inmortalizado por los libros de historia como "el Grito de los Libres del Sur" o "el Grito de Dolores". El levantamiento fue comandado por el coronel Pedro Castelli (hijo del vocal de la Primera Junta), con la venia del general Lavalle. La insurrección fue sofocada el 7 de noviembre. Lavalle huyó hacia Uruguay, pero las cabezas de Castelli y otros líderes rodaron y estuvieron expuestas durante años en la plaza de la ciudad. Finalmente, la cabeza de Castelli fue robada por el hijo de Pancha, una parda correntina que amaba en secreto al caudillo.

Según se cuenta, Pancha escondió la reliquia dentro de su colchón de lana hasta que decidió devolverla y darle entierro en el cementerio. Sin embargo, la cabeza jamás apareció: cuando el hijo de Castelli quiso recuperarla, no estaba en su tumba.

- En 1953 se creó el juzgado letrado de la ciudad de Dolores, el primero de Buenos Aires.

En la década de 1870, con la llegada del ferrocarril, comenzó un período de desarrollo y crecimiento para la ciudad, la más importante del sur de la provincia.

- En la actualidad, Dolores tiene 30.000 habitantes, y se calcula que unas 500 personas la visitan por día para asistir a los tribunales, que adquirieron notoriedad por los casos Cabezas-Yabrán y Coppola, entre otros.

T I E R R A D E L F U E G O



L A S B O T I C A S D E L F I N D E L M U N D O

Místicos, locos, patriotas, aventureros, delincuentes. Era necesario tener algo de eso, o todo junto, para conquistar el fin del mundo. En la historia de Tierra del Fuego se entrelazan las expediciones científicas, de las que participaron, entre otros, Fitz Roy y Darwin; los primeros asentamientos de los pastores anglicanos impulsados por el imperioso mandato de evangelizar a los

indios; el comodoro Augusto Lasserre, que sentó las bases de la soberanía argentina en la isla; la misión salesiana, en el lugar donde más tarde se fundaría Río Grande; Julius Popper y la fiebre del oro; la población carcelaria, que por su demanda de servicios hizo crecer la economía de la zona. Y también, por supuesto, muchos argentinos y extranjeros que llegaron hasta la región más austral del planeta con la ilusión de encontrar una vida mejor a la

que estaban destinados en su lugar de origen.

Los primeros médicos o cirujanos que ejercieron su profesión en la isla lo hicieron obligados por las circunstancias y no porque ésta fuera la tarea para la que habían llegado hasta allí. En su mayoría, formaron parte de las expediciones científicas, militares o religiosas, como Joaquín de Terreros, cirujano de la Purísima Concepción, en 1765; el misionero anglicano Ricardo Williams, mártir compañero de Allen Gardiner, en 1851, y un tal Álvarez, que arribó junto con Lasserre, en 1884.

Hasta que el gobernador Pedro Godoy logró que se nombrara como médico de la gobernación a Nicolás D'Andrea, que llegó en septiembre de 1894 con un botiquín de 532 pesos, el único que se había instalado en la isla con el propósito de ocuparse de los

enfermos había sido Polidoro Segers, que conoció la tierra fueguina con la expedición de Ramón Lista, en 1885, y volvió para quedarse durante dos años y medio, en 1887.

Músico, médico, sacerdote

La vida de Segers puede calificarse de distintas maneras, pero nunca de rutinaria. Nació en Gante, Bélgica, en 1852, y llegó a Buenos Aires a los 22 años como pianista de un cuarteto clásico. Tentado por las oportunidades que le ofrecieron en el país, se instaló, hizo venir a su novia, la parisina María Craemers, se casó y fue maestro de música y canto de las jóvenes de buenas familias porteñas.

Pero, al poco tiempo, otra vocación comenzó a desvelarlo: la medicina. Empezó a estudiar y, entre días de trabajo y noches de libros, llegó el

Onas "semicivilizados", San Martín, mayo 1909
(Archivo general de la Nación)



momento de dar examen en la facultad. Pero también llegó la desilusión, porque se encontró con que le faltaba el título habilitante para ingresar. Sin embargo, le llegó la oportunidad para desarrollarse en esta profesión de la mano de Ramón Lista, que estaba preparando su expedición a Tierra del Fuego y necesitaba un médico que lo acompañara. Como ningún profesional se atrevía a semejante aventura, Segers, con los conocimientos que había adquirido y una buena cuota de audacia, se embarcó en noviembre de 1886 en la expedición del Villarino.

De regreso a Buenos Aires, planificó su instalación definitiva en Ushuaia y, en junio de 1887, partió con su mujer y sus tres hijos rumbo al Sur. El viaje fue nefasto. Una terrible tormenta en el golfo de San Jorge hizo naufragar al Magallanes y los pasajeros lograron llegar a Puerto Deseado, pero no pudieron salvar nada de sus pertenencias. La familia Segers perdió el dinero que había ahorrado para armar una explotación ovina y todo su equipaje. Sin embargo, no hubo cambio de planes. Con unas pocas cosas que juntaron gracias a la generosidad de algunos amigos, se embarcaron nuevamente y llegaron a Ushuaia.

Dos años y medio de una vida durísima le permitieron a Segers investigar desde el punto de vista médico las comunidades indígenas, lo que dio como resultado importantes trabajos que se publicaron en París y que fueron analizados en el Congreso Médico de Burdeos de 1895.

Al no conseguir cobrar un salario por su trabajo, Segers debió abandonar la isla. Y para alcanzar el título oficial

que todavía no tenía, viajó a Bolivia y se graduó en la Universidad de Chuquisaca el 19 de mayo de 1890.

Luego de ejercer la profesión en distintas ciudades de provincia y de viajar a Europa para ampliar sus conocimientos, la vida de Segers dio un nuevo vuelco. A los sesenta años, ya viudo, decidió consagrar su vida a la religión y el 19 de diciembre de 1914 fue ordenado sacerdote y ofició su primera misa el día de Navidad.

Años difíciles

En los primeros años, y hasta bien entrado el siglo XX, la hostilidad del clima y la casi inexistencia de los servicios básicos no hacían fácil la vida en la isla. Una nota en el diario La Nación, publicada en 1897, probablemente la primera en la que se describe Ushuaia, cuenta la actividad de la ciudad, que para aquella época tenía, según el censo nacional de 1895, 225 habitantes, 14 propietarios de inmuebles y sólo 52 casas. En esos tiempos, los almacenes de ramos generales eran fundamentales porque allí, literalmente, se podía conseguir de todo: "El comercio ushuaiese comprende El Primer Argentino, de Luis Figue (almacén, tienda, ferretería, perfumería y medicamentos); los negocios de Isorna (tienda, almacén, ferretería y billar), de Romero (tienda, almacén y billar), Rodríguez (tienda y almacén), y Mouzo (almacén, billar y cancha de bochas) y tres o cuatro boliches, con nombres como Al pobre diablo o No hay otro".

Hacia el comienzo de la construcción del penal, en 1902, que reemplazaría el presidio militar que funcionó en la Isla de los Estados (primero en San



OTRAS HISTORIAS

Chabrol

El cine le debe mucho a Claude Chabrol, uno de los representantes de la nouvelle vague, esa corriente estética que nació en Francia y desafió las leyes del cine narrativo tradicional, produjo obras muy novedosas y personales y revolucionó la década del sesenta.

Para Chabrol, el acercamiento al séptimo arte comenzó en la revista Cahiers du cinéma, en 1953, cuando hizo su primera crítica, la reseña del film Cantando bajo la lluvia.

Cinco años después estaba filmando su primera película, El bello Sergio, que fue el comienzo de una prolífica carrera de más de cincuenta películas, entre ellas Doble vida; El carnicero; Niña de día, mujer de noche; Gracias por el chocolate; Madame Bovary, y La ceremonia.

Pero, ¿qué había hecho Chabrol antes de que el cine atrajera toda su atención? Estudiaba Farmacia, la misma profesión a la que su padre le dedicó toda su vida. Y si bien nunca terminó la carrera, los oficios heredados es uno de los temas recurrentes de su filmografía.

Uno de los idóneos de la primer botica que funcionó en el penal, Francisco "Chicho" Palazzo, habría instalado la primera farmacia

Antigua residencia y almacén de la familia Figue en San Martín y Belgrano. Luis Figue llegó a Ushuaia en 1884 y fue el primer argentino que se instaló en la ciudad. Vendía medicamentos y artículos de perfumería.



Juan de Salvamento y luego en Puerto Cook), sólo había en Ushuaia un puñado de casas.

Pero con la llegada de los reclusos y de las autoridades carcelarias y guardias, se hizo más notoria la necesidad de disponer de nuevos servicios.

Tras 18 años de trabajo forzado, en 1920 los penados terminaron la cárcel, que contaba con cinco pabellones de 76 celdas cada uno.

Las 386 celdas eran unipersonales, pero la cárcel llegó a alojar a más de 600 personas, en virtual estado de hacinamiento.

El penal tuvo 30 sectores de trabajo, algunos de ellos fuera de sus instalaciones. Los talleres atendieron las necesidades propias de la población carcelaria y de sus carceleros y también prestaron servicio a toda la comunidad circundante. Fueron los propios presos quienes construyeron calles, puentes y escuelas, desmontaron bosques para obtener la leña imprescindible para calefaccionarse y crearon la primera imprenta, el primer

cuerpo de bomberos, el servicio de electricidad y el de teléfono, entre otros. Inicialmente, las necesidades sanitarias de los reclusos eran atendidas por médicos llegados desde Buenos Aires. Las visitas, que no se prolongaban más que por unos días, se hacían, a lo sumo, dos veces por año. Obviamente, aquellos médicos llevaban consigo medicamentos, que dieron lugar a la creación de la botica del penal.

Uno de los idóneos de aquella botica, habría sido el primero en instalar una farmacia en el desolado pueblo del fin del mundo. El hombre se llamaba Francisco Palazzo, pero todos le decían "Chicho".

Era un italiano retacón y elegante que siempre usaba bastón, no sólo por una cuestión de refinamiento sino también para poder hacer pie en las calles cubiertas de nieve. Diversos testimonios sitúan la botica de Palazzo en una casa contigua a la gobernación y habría funcionado hasta 1924. Tuvo algunos problemas por ejercicio ilegal de la medicina, ya que no dudaba en recetar por su cuenta en las épocas en que no había ningún médico en el pueblo. Los viejos pobladores dejaron para la historia su recuerdo de Chicho usando su bastón para sujetar a los pacientes cuando les extraía alguna muela. Sin anestesia, por supuesto.

La condición pionera de Palazzo es cuestionada por un testimonio no corroborado por otras fuentes que señala que antes de Chicho, un empleado de la cárcel apellidado Olivarena también había regentado una botica.



Presidio de Ushuaia en 1933. Su construcción se inició en 1902 y luego de 18 años de trabajo forzado, los reclusos lo terminaron en 1920. En 1947 cerró sus puertas. (Archivo general de la Nación)

Años después se estableció un inmigrante húngaro, Esteban Lakatós, quien atendió una farmacia que dependía de la cooperativa sanitaria en los años 40.

La primera profesional

La historia de la sanidad en Ushuaia tiene todavía muchos huecos, que tal vez puedan desentrañarse con los años y futuras investigaciones.

Pero de algo no quedan dudas: la primera farmacéutica graduada del lugar fue Eugenie Posleman.

Había nacido el 3 de enero de 1924, en San Juan, y murió trágicamente hace tres años, en Ushuaia. Era hija de una familia libanesa, de apellido

Abusieman, que al llegar a la Argentina fue inscripta como Posleman. La pequeña Eugenie fue la consentida de su padre, en parte porque los dos hijos anteriores del matrimonio habían muerto al poco tiempo de nacer. Por eso no tuvo resistencia para ir a estudiar a Córdoba, en una época en que esto no era habitual para las mujeres. Allí se recibió de farmacéutica y bioquímica. En sus años de estudiante conoció a Roque Sánchez Galdeano, un muchacho cordobés que se graduaba de médico.

"Mi padre, que era médico de la Marina, contaba que cuando llegó aquí por primera vez, en 1958, ni siquiera se bajó del buque. Decía que todo era un barrial y que no se explicaba cómo la gente podía vivir en un lugar así",

La primera profesional farmacéutica que ejerció en Ushuaia fue la sanjuanina Eugenie Posleman, graduada en Córdoba

OTRAS HISTORIAS

Michaut contra el curanderismo

"El ejercicio de la Medicina Científica es impracticable en el campo como medio de subsistencia: no hay un Don, una Doña que no recetan; después vienen los No como el médico Reta, el médico Burgos, etc.; las Ña como la médica Laurenza, Valentina, Juana; una porción de parteras, de componentes de huesos, de cuerdas torcidas, anudadas; de curanderas de palabra y de brujerías, una infinidad de fanáticos de todas las heregias del arte de curar, a saber: la homeopatía, la Medicina Leroy, la de Gillés, de Raspail, Dehart, Brandelli, Holloway, Reuter, etc. De lo que antecede resulta que se ocupa al Médico solamente como suple-falta, lo bastante para privarlo de ocuparse eficazmente de otra cosa, menos para permitirle de remediar las necesidades más urgentes."

En una carta a las autoridades de San Martín (Mendoza), el doctor Adolphe Michaut se queja de las dificultades que encuentra para ejercer, debido a la proliferación

recuerda el doctor Carlos Sánchez Posleman, hijo de Roque y Eugenie.

"En 1962, cuando a mi padre lo trasladaron a Ushuaia, mi madre aceptó un poco a regañadientes, porque trabajaba bien en Buenos Aires, y puso como condición instalar una farmacia y un laboratorio". Así, a los pocos meses de mudarse, Eugenie abrió su local, con el nombre de Farmacia Salk, frente al correo, en San Martín y Godoy.

No lo tuvo durante mucho tiempo. Cuando Sados, la obra social de los empleados de la Armada, instaló su propia farmacia en la ciudad, Eugenie cerró la suya y aceptó ser la directora técnica de la mutual. También trabajó como bioquímica en el hospital.

"Cuando vino, fue contra su voluntad, pero después Ushuaia los atrapó a los dos y echaron sus raíces acá —relata Sánchez Posleman—. Ella amaba Ushuaia y era una mujer tremendamente trabajadora. Además de su profesión, tenía una gran vocación de servicio. Primero formaron con mi padre el Club de Leones, en el que ella trabajó muchísimo, y después creó la sede local de Lalcec, donde estuvo 18 años a cargo de la presidencia."

Sánchez Posleman siguió la tradición familiar y estudió medicina. En 1986 regresó a Ushuaia con su esposa, también médica, para reemplazar a su padre al frente de una clínica local que se llamaba San Jorge.

"Mi padre era un excelente médico, pero desde el punto de vista empresarial era un desastre. Así es que decidimos quedarnos y apuntalar la pequeña clínica."

Ushuaia en 1947, año en que se cerró definitivamente la Cárcel de Reincidentes. (Archivo general de la Nación)



del curanderismo y de ciertas medicinas "modernas" y pide la instalación de un botiquín, que él administraría a cambio de un subsidio.

Michaut -nacido en Francia en 1835- llegó a la Argentina en 1866 y se desempeñó en hospitales de Corrientes, prestó servicios durante la guerra del Paraguay y acompañó al coronel Lucio V. Mansilla en la Campaña del Desierto.

En 1884, se instaló en Mendoza, donde vivió hasta su muerte, en 1909.

Después de inaugurado el hospital en 1947, los hermanos Rauch, como idóneos, instalaron el primer botiquín de Río Grande

Además, instaló en Ushuaia una farmacia y otras tres en Córdoba, así como una droguería. Por supuesto, tanto las farmacias como la droguería llevan el nombre por el que Eugenie sentía admiración: Salk.

Del Norte al Sur

"Había un hospital chiquito, una clínica, el hospital naval y nada más. El abastecimiento de los medicamentos, así como de casi todas las mercaderías, era a través de Sados, la obra social del personal de la Armada. Los productos llegaban a Ushuaia en camiones, dos veces por mes, y nunca venía todo lo que uno pedía. Tener farmacia en aquella época era agobiante por la responsabilidad. Había que estar al frente y decirle a un cliente que lo que buscaba no lo teníamos. A veces los camiones que abastecían la ciudad se quedaban en el Paso Garibaldi y tardaban dos o tres días en pasar y nosotros ya no teníamos antibióticos siquiera."

Olga Coronel parece que estuviera hablando de un pasado lejano, pero se refiere a una época mucho más próxima: habla de 1983, cuando decidió dejar Buenos Aires para probar suerte en el Sur y llegó a Ushuaia para suceder a Eugenie Posleman al frente de la farmacia de Sados. Hoy, pese a su juventud (apenas sobrepasa los 50), es la decana de los farmacéuticos de Ushuaia.

Olga nació y estudió en Tucumán, donde se graduó en Farmacia. Luego vivió dos años en Brasil y posteriormente se radicó en Buenos Aires. En 1983 ganó el concurso para el puesto

de farmacéutico de Sados, la proveeduría del personal naval que disponía de la única farmacia del pueblo. Por entonces, la situación financiera de Sados era particularmente precaria, lo que limitaba la compra de medicamentos esenciales. "Si yo pedía 20 cajas, era común que recibiera 10".

Sados finalmente cerró en 1987, y habría dejando a toda la población de la ciudad sin el abastecimiento de medicamentos si Olga Coronel no hubiera comprado el fondo de comercio de la farmacia, ubicada en San Martín y Onas, que mantuvo en funcionamiento durante 8 años, hasta que en 1995 se estableció en un local propio.

Por aquellos años la población de la ciudad se duplicó, en parte por efecto de las facilidades impositivas dadas por la ley de radicación industrial, lo que supuso un marcado crecimiento de todos los servicios.

Fueron años de más promesas que realidades, pero que abrieron el camino para que se estableciera la mayoría de las farmacias actualmente en actividad, que alcanzan a 14.

"Yo me río ahora, cuando mis colegas se quejan de que no llega la carga —dice Olga Coronel—. Había que estar en aquellos años, cuando se quedaban los camiones por la nieve y desde acá se despachaban camionetas más chicas para traspasar la carga y traerla."

La lucha de esta farmacéutica tucumana requirió de muchos sacrificios y privaciones, pero no tantos, obviamente, como los de los primeros po-

bladores blancos de este lugar de paisajes increíblemente bellos pero decididamente inhóspitos.

Río Grande, tierra de sacrificios y aventuras

Angel San Juan entró en esa inmobiliaria de Buenos Aires, sin imaginar la sorpresa que lo esperaba. Sólo quería hacer unas averiguaciones sobre una propiedad. Pero, cuando el dueño se enteró de que su potencial cliente era de Tierra del Fuego, le contó que pocos días antes, ordenando sus archivos, había encontrado la foto de una farmacia, justamente de Río Grande, que alguna vez había tenido para la venta. San Juan, azorado, no lo podía creer: era la suya. La vieja foto mostraba aquella primera farmacia de Río Grande, en San Martín 45, que él, asociado con Angélica Díaz de Wilson, les había comprado a los hermanos Rauch, en 1952.

Seguramente esa imagen, en la que se ve la fachada del humilde botiquín,

con un afiche de Juan Domingo Perón pegado para provocar a los dueños del negocio, de reconocida filiación radical, le trajo muchos recuerdos. Entre ellos, habrá aparecido esa noche, en que enterados de la quema de las iglesias en Buenos Aires, no pudieron dormir temiendo que corrieran peligro su farmacia y una panadería que había instalado poco antes. Lo que afortunadamente no sucedió en la tranquila Río Grande de los años cincuenta.

Oscar Domingo "Mingo" Gutiérrez, un estudioso de la historia de su ciudad, conserva un ejemplar de un diario del día en que se casaron sus padres, en 1950, en el que ya aparecía un aviso que mencionaba a la Farmacia del Pueblo de Miguel Rauch, uno de los dos hermanos pioneros de la actividad por aquellos pagos, que habrían instalado el botiquín, como idóneos, después de la creación del hospital, inaugurado el 17 de octubre de 1947.

Antes de que ellos comenzaran a trabajar, muchos de los medicamentos

En la farmacia del penal de Ushuaia (Archivo general de la Nación)



Angel San Juan y Angélica Díaz de Wilson compraron la Farmacia del pueblo en 1952



Aviso publicitario de Bronquiol del Dr. Berger, "remedio científicamente eficaz para extirpar la tos"



Farmacia "DEL PUEBLO"
de Roberto Darío Rascó
"La más austral del mundo"
Teléfono 18 - Río Grande (Ciudad del Fuego)

En la fachada del primer local de la Farmacia del Pueblo, en San Martín 45, se ve un afiche con la cara de Perón, puesto como chanza a sus dueños, de reconocido filiación radical.

que se necesitaban provenían de una posta sanitaria, que atendía el doctor Andrés Díaz, en la Compañía Frigorífica Argentina, propiedad de la familia Braun, y que atendía tanto al personal de la empresa como a la gente de los campos de los alrededores, lo que en la época era equivalente al 80 por ciento de la población de Río Grande. Además, los almacenes de ramos generales vendían los medicamentos básicos y las grandes estancias tenían sus propios botiquines.

"Muchos iban a hacer compras a la ciudad chilena de Punta Arenas -cuenta Mingo-, y cuando volvían traían gran cantidad de remedios. Tenían fama de ser mejores que los de acá. Era una ciudad mucho más importante que la nuestra. En la década del 60 ya tenía como cinco farmacias."

San Juan había nacido en Las Heras, un pueblo cercano a Comodoro Rivadavia, el 23 de diciembre de 1919, y llegó a Río Grande, en busca de una vida mejor. Empezó con una panadería, luego compró la farmacia en sociedad y, al poco tiempo, quedó solo al frente ella. Pero no fue éste su único emprendimiento. Este hombre inquieto, según lo define su esposa, tuvo muchas actividades vinculadas con el crecimiento de la ciudad, entre ellas la creación del Expreso Fuegoño.

Aunque ahora vive con su marido en la provincia de Buenos Aires, María Vidal de San Juan sigue viajando a menudo a Río Grande para ponerse al frente de la Farmacia del Pueblo, que en la actualidad está en un local enorme en la esquina de San Martín y Fagnano, a donde se mudaron en 1962.

El farmacéutico Eduardo Dips, Boliviano de origen libanés, encontró su lugar en Río Grande

"Yo soy 'NyC': nacida y criada aquí, en Río Grande -dice con orgullo la señora de San Juan-. Mi papá, Agustín Vidal, llegó en 1926 y se instaló en Punta María. Tenía un negocio de ramos generales, que proveía a las estancias de la zona Sur y trasladaba la lana al puerto. Esto estaba casi despoblado, había muchos baldíos. Cambió mucho con la ley de radicación industrial. Antes todo era una aventura. Yo me acuerdo de que cuando era chica, me despertaba y del lado de adentro de la casa rascaba el hielo de la ventana de mi habitación. El gas llegó recién hace unos 45 años y, antes, la calefacción a leña no estaba en todos los ambientes. Había que dormir con tantas frazadas que al levantarte te dolía el cuerpo de haber soportado tanto peso".

La segunda farmacia, ya en la década del 60, fue la de Roberto Mutio, un enfermero de la Marina que se instaló en la esquina de Piedra Buena y Rosales, en un local que se incendió al poco tiempo, lo que lo obligó a trasladarse al lado del hotel Villa, en San Martín, entre Espora y 9 de Julio. Y fue a esa, a la Farmacia Río Grande, que había pasado a manos de Jesús María Canale, a la que llega a trabajar el farmacéutico Eduardo Dips Shalhoub, a comienzos de 1965.

Dips ya había recorrido muchos lugares hasta encontrar su residencia definitiva en Río Grande. De padres libaneses, nació en Bolivia, el 29 de enero de 1929, donde estudió y se recibió de farmacéutico. Con su familia tuvo varias mudanzas hasta llegar a Trelew y allí conoció a su esposa, Edilicia "Pichona" Fernández, con la que se mudó, una vez más, a Como-

doro Rivadavia, donde empezó a trabajar como farmacéutico, una vez lograda la reválida de su título. Pero ése no sería el último traslado: un ofrecimiento para ejercer su profesión en Tierra del Fuego lo tentó.

"Eduardo llegó en enero y yo me vine al mes siguiente con mi hija de dos meses. No me quiero ni acordar. Primero paré en el hotel Villa y luego compramos una casa frente a la playa, la única que había por allí. Me quedé dos años sin salir de casa y sin desarmar las valijas, con la esperanza de irnos de aquí. En una oportunidad mi marido tuvo que viajar y, cuando volvió, me dijo que nos quedaríamos un año más en Río Grande y después nos iríamos a vivir a otro lado. Pero, acá estamos, hace 39 años", cuenta la señora de Dips.

De pocas palabras, fumador empedernido, gran jugador de ajedrez y dispuesto a darle una mano a todo el que la necesitara, Dips logró desarrollar su profesión, a pesar de la crudeza del clima y de los inconvenientes de los primeros años. Al poco tiempo de llegar, compró la farmacia a la que había venido a trabajar, luego la mudó a Belgrano al 600, y más tarde, a comienzos de la década del 80, abrió otra, La Nueva, en Piedra Buena y Bilbao, que se cerró cuando él murió, en 1998.

También tuvo varios negocios, entre ellos una óptica, y se desempeñó durante 17 años como bioquímico en el hospital.

"Cuando yo llegué, no conocía a nadie, y alguien me dijo que fuera a la farmacia Río Grande. Vine y le traje mi currículum a Dips, que me prometió

que si se enteraba de algo me avisaría. El era así, aunque no te conociera o no tuviera nada para ofrecerte, se ocupaba y te conseguía trabajo", cuenta la farmacéutica Fabiana Ríos, que trabajó en el negocio de Dips y actualmente es diputada nacional por Tierra del Fuego.

No son muchos los kilómetros que

separan a Río Grande de Ushuaia. Sin embargo, estas dos ciudades tienen paisaje, historia y costumbres muy diferentes. Quizá lo que las una sea el esfuerzo y el sacrificio a que debieron estar sujetos los pioneros, no tantos años atrás, para salir adelante con un clima adverso y tan alejados de los principales centros urbanos.

La jaula del zorzal

Imposible de exorcizar, el viejo penal de Ushuaia sigue poblado de fantasmas, anécdotas y mitos, recuerdos de padecimientos indecibles y proezas, de aventuras legendarias y miserias. Por allí pasaron personajes siniestros y perseguidos políticos, criminales despiadados y hombres cuya única peligrosidad fue oponerse al poder de turno. A lo largo de los años, tras las gruesas paredes del penal, levantadas en condiciones de extremo rigor por los propios encausados, convivió un riquísimo muestrario de la condición humana. Y ese cóctel singular, en la soledad del confin del mundo, dio lugar, por supuesto, a una riquísima mitología carcelaria. Aún hoy es difícil separar la verdad histórica de la simple leyenda.

Tal vez uno de los enigmas más difundido pero nunca desentrañado es el paso por la implacable cárcel de un joven de pasado turbio, ladrón de pocamonta y callejero, compadrito de fácil sonrisa y difícil existencia, que adquirió más tarde una inimaginable notoriedad mundial. ¿Fue o no fue Carlos Gardel uno de los involuntarios pasajeros de esa residencia de desgraciados?

Ningún prontuario ni registro carcelario da



Hay testimonios de que Gardel, cuando todavía no era Gardel, habría estado detenido en el infame presidio de Ushuaia.

pruebas fehacientes de que Gardel haya permanecido detenido en ese infame penal. Tampoco quedaron testimonios de otros presidiarios que recordaran su paso por allí. Claro que por entonces Gardel no era el Gardel que sería. ¿Quién recordaría a un Don Nadie?

Pero así como nadie recuerda a Gardel en el penal, hay quienes aseguran que El Zorzal fue, sin dudas, uno de los pasajeros del vapor Chaco, que recaló en el

Aunque no las separan muchos kilómetros Ushuaia y Río Grande vivieron historias muy distintas

Celdas del sordido penal de Ushuaia, hoy Museo Marítimo. Por allí pasaron algunos presos célebres, como "el petiso orejado", el anarquista Simón Radewitzky, el escritor Ricardo Rojas, autor de "El santo de la espada", y el mayor Guillermo MacHannaford, único condenado por traición a la patria.



puerto de Buenos Aires el 21 de febrero de 1907 llevando como pasajeros exclusivamente a presidiarios que acababan de cumplir sus condenas en Ushuaia.

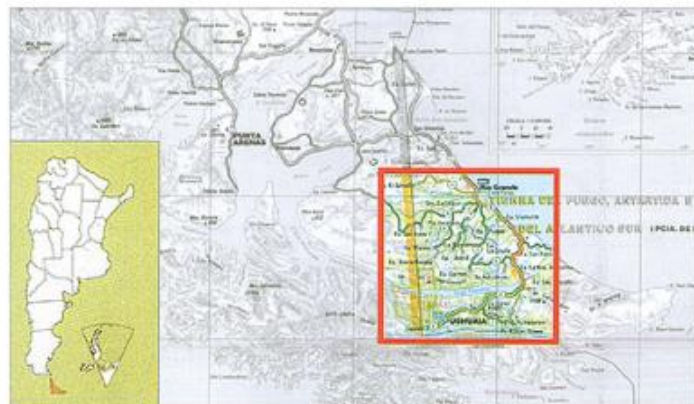
El personaje más notorio de ese barco era el teniente Eduardo Villanova, un militar cordobés identificado con el ideario del movimiento radical que acudillaba Hipólito Yrigoyen. Villanova había participado en la insurrección armada que el 3 de febrero de 1905 intentó derrocar al presidente Manuel Quintana. Y aunque la sublevación tuvo relativo éxito en Córdoba, donde Villanova llegó a tener como rehenes al vicepresidente Figueroa Alcorta y al hijo del general Julio A. Roca, en el resto del país fue un verdadero fracaso. Una vez sofocada la revuelta, los jefes y oficiales de la conspiración fueron a parar al penal de Ushuaia.

Dos años más tarde, Villanova y algunos de sus compañeros fueron liberados y recibidos como héroes por el propio Yrigoyen en Buenos Aires. Pero aquel viaje

tuvo, al parecer, otra historia, que hubiera sido una anécdota menor si no la hubiera protagonizado el luego famosísimo Gardel. En el largo viaje de regreso, Villanova, aficionado al canto desde niño, cuando integró los coros del entonces Colegio de San Carlos (hoy, Nacional de Buenos Aires), alivió las impaciencias de sus compañeros de abordaje entonando un popular repertorio de temas criollos. Entre los tantos obligados compañeros de travesía de Villanova surgió entonces un hombre joven con grandes cualidades para compartir sus entusiasmos líricos.

Al llegar a puerto, algunos ex presidiarios homenajearon a Villanova con una postal que recogía afectos y firmas de todos. La dedicatoria, seguramente debida a alguna indisposición física del militar al aproximarse la nave a Buenos Aires, decía: "Al Sr. Villanova, intrépido marinero de la costa del Sud, que atravesó el Cabo de Hornos y se mareó en el Río de la Plata". La tarjeta contenía ocho firmas, entre las que asomaba la de Carlos Gardel.

Veintiséis años más tarde, con Gardel ya célebre, Villanova volvió a encontrarse con el cantor durante una de sus presentaciones en el cine 25 de Mayo, de Villa Urquiza. Y evocaron las singularidades de aquella travesía compartida, que dio pie a una episódica amistad. Hubo un testigo de aquel encuentro: el hijo del teniente Villanova, también llamado Eduardo, que siempre dio fe de la existencia del encuentro y del tenor de la conversación. No hay, hasta hoy, ningún otro dato que permita corroborar con exactitud el posible paso de Gardel por el penal de Ushuaia. Sólo aquella vieja postal parece confirmarlo.



Datos históricos

- Los primeros europeos en avistar Tierra del Fuego fueron los expedicionarios de la flotilla de Hernando de Magallanes, cuando en noviembre de 1520 descubrieron la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico. Ellos le dieron el nombre a la zona, probablemente por la fogatas que hacían los indios.
- Entre 1826 y 1836, dos expediciones al mando de Fitz Roy recorren el canal de Beagle. De la segunda participó el naturalista Charles Darwin.
- En 1869, se instala la Misión Anglicana en Ushuaia, liderada por el británico Thomas Bridge.
- El 23 de junio de 1881, se firma el acuerdo limítrofe con Chile.
- En octubre de 1886, una expedición comandada por el aventurero Julius Popper descubre el río Grande.
- El 12 de octubre de 1884, el comodoro Augusto Lasserre instala en Ushuaia la

primera subprefectura en esos territorios y queda oficialmente fundada la ciudad.

- En 1884 se inicia la colonización penal, con la instalación de dos presidios, que luego serían trasladados y se transformarían en el Presidio Militar y la Cárcel de Reincidentes.
- En 1893, se instala en Río Grande la Misión Salesiana, que constituye el primer antecedente poblacional en la zona.
- El 11 de julio de 1921, por un decreto del Poder Ejecutivo, se establece la fundación oficial de la ciudad de Río Grande.
- En 1947, cierra sus puertas la Cárcel de Reincidentes de Ushuaia y, en 1950, se crea la base naval Almirante Berisso que ocupa las instalaciones del antiguo presidio.
- En 1960, se crea el Parque Nacional Tierra del Fuego.
- En 1990, se sanciona la ley de Provincialización del territorio.

BIBLIOGRAFIA Y AGRADECIMIENTOS

BRAUN MENENDEZ, Armando; Historia de la Tierra del Fuego, islas Malvinas e islas del Atlántico Sur y Sector Antártico 1862-1930; Academia Nacional de la Historia; Buenos Aires; mayo 1967.

BRIDGES, Lucas; El último confín de la Tierra; Sudamericana; Buenos Aires; agosto 2000.

CANCLINI, Arnoldo; Julio Popper. Quijote del oro fueguino; Emecé; Buenos Aires; 1993.

CANCLINI, Arnoldo (coord.); 1884-Ushuaia-1984; Ushuaia; 1984.

CANCLINI, Arnoldo; Así nació Ushuaia; Plus Ultra; Buenos Aires; septiembre 1992.

CIGNOLI, Francisco; Historia de la farmacia argentina; Librería y editorial Ruiz; Rosario; abril 1953.

GARCIA BASALO, Carlos; La colonización penal de Tierra del Fuego; Marymar; Buenos Aires; julio 1988.

LENZI, Juan Hilarión; Tierra del Fuego, Antártida e islas del Atlántico Sur, su pasado, su presente y su proyección; Ed. Progreso; Buenos Aires; febrero 1967.

PEREZ DE NUCCI, Armando; Historia médica de Tucumán: siglo XIX; Ed. Universidad de Tucumán; Tucumán; marzo 1992.

VAIRO, Carlos Pedro; Ushuaia; Zagier & Urruty; Ushuaia; 1998.

REVISTAS Y DIARIOS CONSULTADOS:

Todo es Historia, Karukinka (publicación del Instituto de Investigaciones Históricas de Tierra del Fuego), La Gaceta de Tucumán, Tribuna Farmacéutica, Mes Massini.

Para este trabajo hemos contado con la inestimable colaboración de:

Archivo General de la Nación, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Museo Marítimo, Biblioteca del Museo del Fin del Mundo, Archivo de La Gaceta de Tucumán, Dr. Arnoldo Cancilini, Carlos Pedro Vairo, Oscar Domingo Gutiérrez, Farm. Fabiana Ríos, Edelicia (Pichona) Fernández de Dips, Dr. Carlos Sánchez Posleman, Farm. Olga Coronel, María Vidal de San Juan, Horacio García, Cdr. Julio Rodríguez Campos, Dr. Pedro Oscar Di Camillo, Farm. Elena de Cárdenas, Farm. José René Cárdenas, Farm. Alejandro Ferro, Mario Rodríguez, María Leticia Speroni, Farm. Juan Carlos Espil.

¿Usted tiene datos interesantes sobre las farmacias de su pueblo? ¿Conoce historias o protagonistas? ¿Dispone de material gráfico (fotos antiguas, recetas y otros documentos) o relatos que permitan reconstruir la historia de esta profesión? Si quiere contribuir a difundirlos, envíelos o díganos cómo podemos acceder a ellos a fundandopueblos@yahoo.com.ar. Esperamos que esas contribuciones puedan ser divulgadas en publicaciones futuras

FUNDANDO PUEBLOS

EN HOMENAJE
A LA PROFESION
FARMACEUTICA
ARGENTINA